P. Gottfried Egger, O.F.M.

**Marcada por el amor de Dios**

Vida y espiritualidad de la estigmatizada María von Moerl

**Índice**

Presentación

**Algunas reflexiones**

La Iglesia del Cielo y la santidad

María von Moerl, símbolo y ejemplo

El testimonio vivo de oración y caridad

La mujer que padecía sufrimientos físicos y mentales

1. **La vida de la Sierva de Dios**

Todos los caminos llevan a Caldaro

Orígenes y su familia

Marcada por las enfermedades

Los años de juventud

Parte de la familia franciscana

Enfermedad permanente

Los éxtasis y posesiones demoníacas

Pérdida de voz

Los éxtasis cada vez más frecuentes

Las llagas sangrantes de Cristo y las visiones de su Pasión

Compromisos familiares

La disolución del núcleo familiar

En el convento de las Hermanas Terciarias

Los visitantes a la celda del convento

Autoridades eclesiásticas

Autoridades seculares

Último y doloroso paso

Destellos de luz

El tránsito

La intercesión de María

1. **La espiritualidad de María von Moerl**

Marcada por el espíritu de San Francisco de Asís

Dones sobrenaturales

La vocación de expiación

Testimonios

Visiones

**Anexo**

Oraciones de María von Moerl

La relevancia de su mensaje

El cuadro cronológico

**Presentación**

Los Santos y Beatos de nuestra Iglesia no están hechos por nosotros. Dios nos los da como señal del Cielo para la humanidad. Con María von Moerl, que vivió hace 150 años en Caldaro, Dios nos muestra su amor de predilección por la gente sencilla.

La vida de la “Santa de Caldaro”, como ya la llamaban sus contemporáneos, estuvo marcada por la enfermedad, el sufrimiento y el sacrificio. María von Moerl siempre enfrentó estas dificultades en silencio y en oración. Durante 34 años llevó los estigmas, por lo cual se había convertido en un crucifijo viviente en una época turbulenta, según atestigua su contemporáneo, Josef Görres.

María von Moerl nos remite a Dios, que siempre es mayor de lo que nosotros podemos entender. La “Santa de Caldaro” nos invita a permanecer abiertos – también hoy – para poder recibir la acción del Espíritu Santo. Ella nos ayuda con su intercesión en nuestro camino de seguidores del Señor crucificado y resucitado.

*† Ivo Muser,*

*Obispo de Bolzano-Bressanone*

*Miércoles de Ceniza, 14 de febrero del 2018*

**Algunas reflexiones**

*Prefacio del Obispo Monseñor Vitus Huonder*

**La Iglesia del Cielo y la Santidad**

Quien celebra a Cristo, celebra siempre a todos los santos, porque Cristo habita en sus corazones y, por tanto, los santos están siempre allá donde se encuentra Cristo. Quien celebra a los santos, celebra siempre a Cristo, porque los santos siempre han mirado hacia Cristo, han recibido de Él su gracia y han encontrado en Él su plenitud.

Cristo vive en los santos y los santos viven en Cristo. Con el Señor, los santos forman ese cuerpo y esa comunidad que nosotros profesamos: “Creemos que la multitud de almas, reunidas en torno a Jesús y María en el Paraíso, forman la Iglesia del Cielo” (Credo del Pueblo de Dios, Papa Pablo VI).

Esta es la razón más profunda por la que los santos son queridos por nuestros corazones y por la que los buscamos. Por eso, esperamos y deseamos que la Iglesia nos indique a los santos, nos haga reconocerlos y nos conduzca por el camino de su veneración. La Iglesia lo hace examinando la vida de quienes gozan o han gozado de fama de santidad; verifica, siguiendo reglas estrictas, la autenticidad de su vida santa y posiblemente de los hechos sobrenaturales ocurridos en sus vidas.

Buscamos a los santos. Los buscamos porque necesitamos su ejemplo, su mensaje y su fuerza. En el camino de nuestra búsqueda, agradecemos a todos los que han seguido la vida de los santos y nos la pueden describir. Por ello, agradecemos fray Gottfried Egger O.F.M., por el hecho de habernos proporcionado esta biografía de María von Moerl (1812-1868) de Caldaro, Tirol del Sur. Su vida nos muestra que el Señor hace maravillas para con sus fieles (Cf. Salmo 4, 4).

**María von Moerl, símbolo y ejemplo**

Como ayuda a la lectura, a continuación, se presentan algunos rasgos de la vida de la Sierva de Dios. Estas son precisamente las características que, sin querer anticipar el juicio de la Iglesia, nos llevan a venerar a la Vidente de Caldaro. Empecemos con la oración para su beatificación:

*“Oh Dios, tú nos diste a María von Moerl como símbolo y ejemplo. Su vida fue testimonio de la grandeza de la Eucaristía y del poder de tus obras divinas. Con toda su devoción, María von Moerl rezó y se sacrificó por la salvación de las almas y por sus peticiones. Con gran amor ayudó y consoló a muchas personas. Con paciencia y dedicación soportó sus muchos sufrimientos mentales y físicos. Oh Dios, te pedimos la pronta beatificación de María von Moerl. Concédenos esta beatificación para tu gloria y para el bien de toda tu santa Iglesia y nuestra patria. Te pedimos humildemente que promuevas esta beatificación escuchando nuestras oraciones y enviándonos tus signos milagrosos. Amén”.*

María von Moerl es un símbolo y un ejemplo de vida cristiana. Ella es, sobre todo, un ejemplo de la fe en general, de la oración y la devoción a la voluntad y a la providencia de Dios. Su infancia y adolescencia difíciles, no la apartaron del camino de la fe, ni siquiera lo pudo el duro golpe del destino que ella sufrió con la muerte prematura de su madre. Por el contrario, los acontecimientos la llevaron aún más adelante en el camino de la fe. Entre sus libros favoritos están la *Biblia*, la *Imitación de Cristo* y los escritos de San Francisco de Sales. Tiene una veneración especial por el pesebre, por el Niño de Belén.

María von Moerl es también un signo de Dios dado a los seres humanos, para fortalecer nuestra fe. Su figura nos recuerda la cercanía de Dios y sus obras a través de dones especiales de gracia, el de la profecía y el don de leer en el corazón. Destacan en su vida los momentos de éxtasis que la condujeron hacia las profundidades de la vida divina, a la experiencia, a la presencia y los planes de Dios.

**El testimonio vivo de oración y caridad**

Conocemos el inmenso amor que María von Moerl siente por Dios en el Santísimo Sacramento del altar, revelándose de esta manera como una hija espiritual de San Francisco de Asís. En el Santísimo Sacramento encuentra la fuerza para soportar el sufrimiento y ayudar a los demás, y ya a los diez años de edad recibe la Primera Comunión, cosa rara en aquella época. Acoge a Dios siempre con reverencia y profundo amor, convirtiéndose así en un ejemplo para nuestros días en los que ya no se cultiva el respeto al Misterio eucarístico.

María von Moerl pasa horas enteras contemplando el Sacrificio eucarístico. La adoración de Jesús presente en el Santísimo Sacramento la hace feliz. La celebración de la Santa Misa a primera hora de la mañana forma parte de su rutina diaria.

Muchas personas acuden a ella en busca de consuelo y ayuda. María les da consejos, reza por ellos y les hace sentirse bien. *“Sigue rezando por la mañana y por la noche: empieza con Dios y termina con Dios, esa es la vida más hermosa. Ten un amor de niño a la Madre de Dios y piensa a menudo en el Ángel de la Guarda que te acompaña siempre y en todas partes”.* Con estas palabras amonesta María von Moerl a un joven. Así ella misma revela su alma de niña, su vínculo con Dios, con la Madre de Dios y con el Ángel de la Guarda.

Dedica sus horas nocturnas a la oración y a los ejercicios de penitencia. Tras una larga y profunda oración, consuela a los padres que, angustiados por la repentina muerte de su hijo y preocupados por la salvación de su alma, se dirigen a ella. Les dice que su hijo está a salvo, pero que sigue necesitando sus oraciones.

Incluso después de su muerte, María von Moerl sigue ayudando a la gente.

**La mujer que padecía sufrimientos físicos y mentales**

María von Moerl ha sufrido desde la infancia. Afronta su difícil destino con paciencia y compostura, sin dejar de ser relajada y alegre. El dolor y la debilidad la preparan para un don de gracia único, es decir su estigmatización. A los 22 años de edad, aparecen en su carne, por primera vez, las llagas sangrantes de Jesús. De este modo, María comparte la Pasión del Señor durante 34 años, especialmente en ciertos días particulares, como el jueves por la noche, durante la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos.

Un testigo ha declarado: “Las llagas sangraban al principio sólo en los días de Comunión, luego cada jueves y viernes, cuando de las cinco llagas salía sangre clara. Los demás días una costra de sangre cubría cada una de las llagas, pero las marcas seguían siendo claramente visibles”.

María von Moerl nunca habla de sus llagas que emanan sangre. Es muy reservada al respecto y se deja guiar por sabios representantes de la Iglesia.

Después de su visita a María von Moerl, el beato Adolfo Kolping escribe: “Nos despedimos pronto, pero no puedo describir lo que yo sentía en mi corazón. Sí, yo también puedo decir que vi a una Santa. Y si su cercanía tiene un efecto curativo en los demás, creo que no la visité en vano y creo de no haber sentido su pasión sólo de manera superficial”.

Estas palabras nos instan a dirigirnos a María von Moerl en nuestras necesidades para pedir su ayuda y para difundir su devoción. Pidamos al Señor su beatificación.

*Choira, Epifanía 2017*

*† Vitus Huonder*

*Obispo de Coira*

1. **La vida de la Sierva de Dios**

**Todos los caminos llevan a Caldaro**

Hace unos 150 años, en Caldaro, Tirol del Sur, sobre la sacristía del Convento de las Hermanas Terciarias,[[1]](#footnote-1) se construyó una habitación desde la cual se podía ver directamente el Tabernáculo. La habitación estaba ocupada por una mujer especial, la mística y estigmatizada María von Moerl. En aquella época, esta sala se había convertido en el centro de interés no sólo para los habitantes del Tirol, sino también para los creyentes de Italia, Suiza, Alemania, Francia, Inglaterra e incluso Estados Unidos.

Antes de su construcción, se podía visitar a la “Extática de Caldaro” o “Milagro de Caldaro”, como también solía ser llamada, en Calle de Oro 10, es decir en la Casa de la familia Moerl. Miles de personas, sencillas y cultas, jóvenes y mayores, sacerdotes y nobles, acudían a visitarla. Venían a pie, a caballo, en carruaje y más tarde también en tren. Todos estos visitantes acudían a Caldaro como si fuesen peregrinos en camino hacia un lugar de gracia. A veces llegaban incluso en procesiones trayendo consigo cruces y banderas, rezando el rosario o letanías y cantando canciones religiosas. Parece que sólo en 1833, entre 40.000 y 50.000 fieles habían viajado a Caldaro en el transcurso de unos dos o tres meses. Para muchos, era obvio ir primero a confesarse al monasterio de los franciscanos, luego asistir a la Santa Misa y finalmente ir a visitar a María von Moerl en su habitación.

Llegaban allí para conocer a una mujer que, a causa de sus sufrimientos, estaba postrada en la cama. Estabaen éxtasis, a menudo arrodillada en su cama o de pie, y adoraba a Dios. Muchos visitantes se sentían profundamente conmovidos por esta mujer estigmatizada y en un estado de éxtasis. La fe de los creyentes se fortalecía, los temerosos recobraban el valor y los que tenían dudas se convertían. Había personas que, tras salir de la habitación de María, se dirigían inmediatamente al confesionario.

Entre los visitantes más conocidos estuvieron: el príncipe-obispo de Trento, Luschin, que vino a visitar a María en una misión oficial, así como su sucesor, el beato Juan Nepomuceno de Tschiderer.[[2]](#footnote-2) El cardenal Karl August von Reisach, arzobispo de Múnich-Freising, vino en nombre del papa Gregorio XVI. La archiduquesa Sofía de Baviera, madre del joven emperador Francisco José I de Austria, estaba acompañada por su hijo menor, Luis Víctor, y recomendó al emperador que recitara las oraciones de la Mística. El archiduque Esteban, nieto de Francisco José I de Austria, también se encontraba entre los visitantes, al igual que la consorte del rey de Italia, María Adelaida. Lo fue también el beato Adolfo Kolping.

Joseph von Görres, publicista y político alemán, escritor incansable y experto en mística, que se dedicaba entonces a su obra de cinco volúmenes sobre la “Christliche Mystik” (*“La* *Mística Cristiana”*) visitó a María von Moerl también. En el segundo volumen de su obra describe la profunda influencia que la Mística ejerció sobre él. También Clemens Brentano, que escribió sobre las visiones de la beata Ana Catalina Emmerick, hizo sus varias visitas a Caldaro.

Varios artistas trataron de captar la conmovedora imagen de María en el estado de éxtasis. El preboste Richardi describió su impresión que tuvo de ella con las siguientes palabras: “Nunca he visto nada más maravilloso y más conmovedor... Estaba arrodillada en su cama, con un vestido blanco, el cabello suelto que le cubría los hombros; tenía las manos unidas en oración, su cabeza levantada hacia arriba, los ojos dirigidos al cielo, el rostro radiante y toda su persona perdida en la contemplación celestial”.

**Orígenes y su familia**

El pueblo de María von Moerl está situado cerca del encantador lago de Caldaro, una zona famosa por su producción de vino y su belleza, que sigue atrayendo a muchos turistas de cerca y de lejos. En aquella época, Caldaro formaba parte de la arquidiócesis de Trento. La Revolución Francesa sacudió a toda Europa y convirtió al Papa Pío VII en prisionero de Napoleón, el autoproclamado emperador francés, que ocupó los Estados Pontificios en 1808 y obligó al clero a jurar lealtad a la constitución francesa.

En 1805, el Tirol pasó a estar bajo el dominio bávaro. Baviera pretendía llevar a cabo una política eclesiástica iluminista y nacionalista, por lo que en 1807, los nuevos gobernantes suprimieron numerosos monasterios ricos en tradiciones. También se entrometieron en las costumbres religiosas, provocando en algunos casos la ira popular.

Tras el fracaso del levantamiento tirolés liderado por Andreas Hofer, en el año 1810, el Tirol fue dividido en tres partes por orden de Napoleón. El sur pasó a formar parte del Reino de Italia (Departamento de Tirol del Sur), el este se incorporó a las “provincias ilirias” francesas y el norte permaneció en el Reino de Baviera. Desde entonces, Caldaro pertenece al Reino de Italia. Todo el pueblo sufrió mucho con los combates de 1809.

La familia von Moerl procedía de la antigua nobleza del Tirol, concretamente de los Pfalzen, Mühlen y Sichelburg (desde 1085) en el valle del Pustertal. Poseían varias fincas frutícolas y vinícolas en Caldaro y sus alrededores.

María nació en 1812 como segunda hija de José Ignacio, una persona de carácter débil bajo todos los aspectos. Era complaciente, indeciso y amaba la caza y la pesca más que el trabajo. Descuidaba sus posesiones y no sabía cómo administrar su dinero, por lo que expuso a su numerosa familia a considerables dificultades económicas. La madre de María von Moerl, María Catalina, de soltera Sölva, trató de cuidar de su familia con diligencia y esmero. Cultivó una profunda fe, que, a través de su vida de piedad, transmitió a sus nueve hijos.

**Marcada por las enfermedades**

A los tres años de edad, María se había caído por las escaleras de su casa. Una breve biografía sobre ella (KSL)[[3]](#footnote-3) muestra que a partir de entonces no hubo muchos días en los que viviera sana. Las inflamaciones, la tos con sangre y la fiebre eran constantes, hasta el punto de que su madre estaba muy preocupada por ella. Recurrió a muchos médicos de la zona, pero ninguno pudo ayudar a su hija.

A todo eso se sumó un grave incidente de malos tratos por parte de su padre, él, una noche, habiendo bebido más de lo previsto, llegó a casa borracho, entró en la habitación de la niña de diez años y la arrastró de la cama dándole patadas. Después de este suceso, María siguió sangrando. Se le había formado un bulto duro y doloroso en el abdomen que siguió causándole sufrimiento durante el resto de su vida. María no le guardaba rencor a su padre por este inexplicable maltrato, más bien, seguía mostrándole su amor y respeto de niña. “Incluso con todos estos problemas, María seguía siendo una niña alegre y feliz”, afirmó el aprendiz Franz Anderlan.

La biógrafa, María von Buol, señala, sin embargo, que María “[...] sentía dolor y alegría, sin duda, más que otras personas, una condición puramente natural para los elevados dones místicos que sucesivamente le habían sido otorgados. Dios, cuya gracia está siempre con nosotros, nunca contra la naturaleza, parece haber utilizado la sensibilidad natural de esta niña para sus propios fines”.[[4]](#footnote-4)

**Los años de juventud**

María mostró una marcada inclinación a la piedad: al recibir su primera comunión a los diez años, perdió los sentidos. Si esta reacción era ya una expresión de su vida mística, es decir del llamado “sosiego espiritual”, o era simplemente una consecuencia de su debilidad física, no es algo que pueda ser juzgado en retrospectiva. Las horas de ayuno antes de la comunión, también pueden haber contribuido al desmayo de la niña. María von Buol afirma: “Es posible que durante su primera comunión haya habido un momento pasajero de gracia, debido a las oraciones, y que luego se haya desvanecido”.[[5]](#footnote-5)

Tras la escolarización obligatoria con las Hermanas Terciarias en la escuela femenina local durante cinco años, María fue acogida por sus familiares en Cles am Nonsberg para aprender italiano. En aquella época tenía entre once y doce años y su estancia allí duró dos años. Durante este tiempo sólo se le permitió volver a casa una vez, durante la vendimia, cuando se necesitaba mano de obra “barata” en la finca de su padre. Como la familia de Cles no la atendía con cariño, echaba aún más de menos a sus seres queridos, y por eso, esa estancia en casa paterna fue muy apreciada por ella.

Cuando llegó el momento de regresar a Nonsberg, tuvo que despedirse de su familia. Más tarde confesó que una profunda pena le había embargado el alma, que le era casi imposible separarse de su madre. ¿Quizá se había dado cuenta ya, de que empezaba a crecer poco a poco? Para ella fue como ver a su madre por última vez en su vida.

Poco después, tras el nacimiento de su noveno hijo, María Catalina murió. Este fue un acontecimiento drástico y traumático para la joven. “Se dice que María percibió la muerte de su madre desde lejos, exactamente en el momento en que ésta ocurrió. Sea cual sea la situación, la muerte de su madre, fue el mayor trauma que experimentó. El dolor casi la mata e incluso años después podían oír a María llamando a su madre a gritos”.[[6]](#footnote-6) Toda la familia von Moerl se vio muy afectada por la pérdida de su madre. Había ocho hijos que criar en la casa, ¡el más pequeño de los cuales sólo tenía nueve semanas!

El padre de María, José, no lograba cuidar de su familia con aquel gran número de hijos, por lo que la segunda hija suya, María, (el hijo mayor era varón) tuvo que asumir el papel de ama de casa a los 15 años de edad. Era hábil y comprensiva, cuidaba de sus hermanos pequeños desde primera hora de la mañana hasta última hora de la noche y a menudo se sentaba junto al cesto de la costura después del trabajo. Gracias a Dios, encontró buenas personas que la ayudaron, entre ellas sus vecinas, la señora Anna Schasser von der Windegg[[7]](#footnote-7) y la esposa del panadero, María Plunger. El negocio del vino seguía siendo llevado adelante por un hermano de su madre.

**Parte de la familia franciscana**

A pesar de su enorme carga de trabajo, María no descuidó su vida espiritual. Se dedicó a leer los libros que se convirtieron en sus favoritos, como la *Imitación de Cristo*, los escritos de San Francisco de Sales y la Biblia. Se dice que sacrificaba las horas nocturnas para la oración, se dedicaba a ejercicios de penitencia y llevaba un cilicio. Todos los días visitaba el convento franciscano para asistir a la Misa matutina, y a menudo tenía que esperar la llegada del fraile sacristán para que le abriera la puerta de la iglesia.

Un día María conoció al fray Juan Capistrán (Johannes Capistrán) Sojer O.F.M., que luego se convertiría en su guía espiritual y confesor. Se dice que este sacerdote piadosísimo era sano y sobrio, en sus acciones seguro de sí mismo, genuino en su humor y algo irónico, en resumidas cuentas, un verdadero franciscano y un experimentado guía espiritual, que se distinguía por su amabilidad y cordialidad.

Fray Capistrán nació el 24 de enero de 1798 en Schwaz, Tirol. Tras cursar el bachillerato en Hall, en el Tirol, realizó el noviciado franciscano en San Cándido en 1816. Posteriormente estudió filosofía y teología y se ordenó sacerdote el 10 de marzo de 1822. Llegó a Caldaro en 1825 en calidad de profesor de teología moral para los estudiantes de la entonces provincia franciscana del Tirol. Dos años después fue nombrado maestro de clérigos. En esta provincia franciscana, que contaba con casi 400 frailes en el siglo XIX, fue también visitador general y provincial de la provincia de San Leopoldo en el Tirol. En virtud de este encargo visitó la provincia de Sajonia, en el Norte de Alemania, en nombre del Visitador General de la Orden.[[8]](#footnote-8)

En 1830, María, que entonces tenía 18 años, fue aceptada por el fray Capistrán en la Tercera Orden Franciscana y al mismo tiempo hizo el voto de virginidad,[[9]](#footnote-9) asumiendo el nombre de Teresa.[[10]](#footnote-10) La Santa de Ávila se convirtió así en su santa patrona.

**Enfermedad permanente**

En la víspera de Año Nuevo de 1830, María sufrió violentos ataques de una enfermedad. Por tanta cantidad de pus que salía de su cuerpo la gente temía que moriría. Gemía y gritaba espantosamente entre convulsiones y contracciones tetánicas que seguían alternándose. En un momento estaba tumbada en su lecho, como si estuviera muerta, y al siguiente momento se movía para adelante y para atrás en la cama, hasta el punto de que tres o cuatro personas con dificultad lograban sujetarla.

Perdió la voz y la vista, y no podía comer ni tomar medicamentos. Sólo el Dr. Johann Marchesani de Bolzano (Boezen), médico de la familia desde hace muchos años, pudo aliviar el sufrimiento de su joven paciente con remedios homeopáticos. Finalmente, María recuperó la vista y la voz y pudo volver a comer algo. A partir de entonces, sin embargo, se abstuvo por completo de tomar caldo y carne de cualquier tipo.

Un día, María le preguntó al médico si alguna vez se curaría y cuando él le respondió que no, le agradeció de haberla socorrido sin pedirle ninguna compensación y también por todos sus esfuerzos. Le dijo que renunciaría a cualquier atención médica en el futuro. La situación económica del hogar de los Moerl era muy precaria y María no quería gastar dinero en medicamentos caros. Tal vez “estaba ya tan avanzada en su camino de fe que se negó a aliviar su propio dolor”.[[11]](#footnote-11)

En agosto de 1831, su salud se fue deteriorando cada vez más, pero cuando ya parecía estar al borde de la muerte, empezó a sentirse tan bien que se creyó curada. El 9 de septiembre, dejó su cama y la señora Schasser, en un coche de caballos, la llevó a la iglesia del convento donde rezó durante una hora y media y recibió la Santa Comunión.

Cuando su padre espiritual le preguntó por qué su salud había cambiado tan repentinamente, María respondió: “¡Gracias a la Madre de Dios!” Había rezado el *Magníficat* en honor a María Santísima, invocado a San Francisco y a San Romedio,[[12]](#footnote-12) y recitado el Miserere[[13]](#footnote-13) por el hermano moribundo del fray Capistrán. Según se supo más tarde, el hermano de dicho fraile había fallecido a esa misma hora, algo que María nunca pudo haber sabido por si misma.

La fase de recuperación terminó rápidamente. Sin embargo, en octubre, el estado físico de María von Moerl volvió a empeorar y empezaron a manifestarse nuevos tormentos mentales: sufría más y más de terribles ataques de ansiedad.

**Éxtasis y posesiones diabólicas**

María se veía rodeada de personajes tenebrosos que trataban de convencerla de que ya estaba condenada al infierno; intentaban impedirle que rezara y cumpliera con sus ejercicios espirituales. Le decían que de todas formas estos ejercicios de piedad no la ayudarían y que ningún sacerdote podría absolverla de la condenación y, por lo tanto, tendría que dejar de acudir a su confesor.

Sin embargo, María se veía también, y cada vez más, reconfortada y fortalecida por figuras luminosas, tal vez era su mismo ángel de la guarda quien acudía en su ayuda. De vez en cuando, aparecía cerca de su cama, una hermosa niña con una corona de flores o rosas en la mano dándole consuelo y fuerza.

Durante ese tiempo, marcado por las posesiones demoníacas, se le aparecía también su madre fallecida. María refirió a su confesor que su madre se sentaba a menudo junto a su cama, la consolaba y la exhortaba a confiar en Dios y a tener paciencia. La madre también predijo que sus hermanas Julitta y Antonia entrarían en un monasterio. “En estos momentos de horribles apariciones, se sentía aliviada por la presencia de la niña y de un sacerdote, sobre todo de su confesor, y de su madre, a la que a menudo veía sentada durante horas junto a su cama. Estas criaturas desaparecían cada vez que se le daba el Santísimo Sacramento”.[[14]](#footnote-14)

En la mañana del 2 de febrero de 1832, día de la Candelaria, el cooperador, es decir el vicario parroquial Antonio Berger llevó la comunión a María. Durante la tarde del mismo día, Fray Capistrán fue a verla y la encontró inmóvil, con el rostro transfigurado. En la opinión del fraile, María estaba en un estado espasmódico, como él mismo la había visto a menudo.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, fray Capistrán la encontró en el mismo estado. Lejos de pensar en algo sobrenatural, le dijo: “María, ¿no me das ninguna señal, ninguna respuesta? ¡Obedézcame!" En ese momento María se despertó y preguntó si el cooperador Berger seguía allí. Confesó también que, después de recibir el Cuerpo de Cristo, sentía tal alegría que tuvo que adorar al Señor recibido por ella con un profundo gozo. Fray Capistrán le dijo que el cooperador se había marchado veinticuatro horas antes, y que más tarde informó al capellán local, el decano Eberle, de que, por el momento, no podía entender el estado extático de María von Moerl. Sin embargo, para ayudarla le dio permiso de recibir la Comunión semanalmente.[[15]](#footnote-15)

Sin embargo, para algunas personas del barrio, el estado de María no representaba una novedad. Habían observado repetidamente episodios en los que María parecía estar en otro mundo cuando rezaba, especialmente tras la recepción del Cuerpo del Señor.

El 3 de mayo de 1832, María volvió a arrastrarse hasta la iglesia de los franciscanos para rezar. De camino a casa, se encontró de nuevo rodeada de seres tenebrosos que la amenazaban y maldecían hasta tal punto que la mujer, estremecida, se desplomó en el suelo. Su buena vecina, María Plunger, la trajo a casa más muerta que viva.[[16]](#footnote-16)

Esta fue la última vez que María salió de su casa. Poco después, en el verano de 1832, sufrió una parálisis del lado izquierdo de su cuerpo causada por una apoplejía. Sin embargo, lo peor estaba todavía por llegar.

El 28 de julio del mismo año, fray Capistrán fue llamado a la cama de María. Le dijeron que María tenía un alfiler en la boca y que no podía quitárselo. Tardaron dos horas en quitarle este objeto metálico de la boca y al día siguiente volvió a ocurrir algo similar. María siempre tenía cosas en la boca que eran difíciles de quitar: alfileres, clavos, trozos de alambre, cristales rotos, pelos de la cola de caballo y otros objetos extraños. De la superficie de su cuerpo salían trozos similares a cristales rotos, sin dejar cortes, mientras que los que intentaban retirar dichos objetos del exterior resultaban heridos. María le explicó a su padre espiritual que aquellas figuras inquietantes la obligaban a tragar todas esas cosas.

Luego, a éstos se sumaron otros sucesos extraños. Por ejemplo, María fue arrastrada fuera de su cama y arrojada en el suelo por un poder invisible. Tales fenómenos, por varios místicos, son interpretados como manifestaciones del maligno. San Pío de Pietrelcina, por ejemplo, fue atacado físicamente por el maligno. Fuerzas demoníacas prendieron fuego a la cama del Cura de Ars. A José de Cupertino, el maligno le proporcionaba golpes y patadas...

Después de que Fray Capistrán retirara un gran clavo del pie izquierdo de María, la parálisis que había durado dos meses desapareció repentinamente. Su padre espiritual se dio cuenta de que estos extraños acontecimientos eran de naturaleza demoníaca. Caía en la cuenta también de que tales fenómenos a veces preceden a las grandes gracias de Dios.

**Pérdida de voz**

Durante este periodo marcado por la posesión, María perdió el control de su voz. Sólo podía hablar con su padre espiritual, con otros confesores o con el clero superior, mientras que con todas las demás personas tenía que comunicarse por señas, como hacen los sordomudos. Este fenómeno continuaría, salvo breves momentos de pausa, hasta su muerte.

“María von Moerl no fue condenada al silencio por un voto voluntario, ni por una orden de su confesor, como algunos creyeron más tarde, sino por la directa intervención de quien habló a Santa Teresa de Ávila al comienzo de su vida mística: «No quiero que hables más a los hombres, sino a los ángeles»”.[[17]](#footnote-17)

Las posesiones demoníacas y las torturas terminaron sólo temporalmente, cuando el príncipe-obispo Luschin[[18]](#footnote-18) encargó a Fray Capistrán exorcizar a María. Los demonios no la iban a precipitar en el abismo hasta tres meses antes de su muerte. “Inmediatamente después de que María fuera liberada de las peores torturas gracias a las bendiciones de la Iglesia, el Señor la colmó de muchas gracias de oración”.[[19]](#footnote-19)

**Éxtasis cada vez más frecuentes**

El día del Corpus Christi de 1833, fray Capistrán observó en María un episodio de éxtasis que duró treinta y seis horas. Después de que el párroco le diera la Sagrada Comunión por la mañana, María entró en un estado de éxtasis y permaneció inmóvil en la cama, arrodillada en la misma posición. El fraile se daba cuenta de que los éxtasis de María no sólo se le habían convertido en algo temporal, sino que se convertían en su segunda naturaleza.

En este estado, María ya no percibía nada del exterior, ni siquiera la música sagrada que resonaba durante la procesión del Corpus Cristi, ni siquiera oyó los disparos hechos en esta ocasión por dos cientos soldados justo debajo de su ventana. En su interior, María continuaba celebrando los festejos de la procesión del Corpus Cristi. Sin embargo, cuando la procesión comenzó a moverse, ella también se movió. Se levantó inmediatamente, y, con las manos cruzadas y permaneciendo totalmente sumergida en su interior, su cuerpo giraba siempre hacia donde se movía el Santísimo Sacramento. Fue por esta razón que un contemporáneo la comparó con un girasol que siempre sigue el movimiento del sol. A menudo, cuando se encontraba en este estado, bastaba con una orden de su padre espiritual, incluso formulada sólo con el pensamiento de él, y María volvía a la vida ordinaria con pleno uso de todos sus sentidos.

Con el éxtasis, su visión interior se desarrolló cada vez más. Sucedía que María se encontraba suspendida durante su estado de éxtasis, apenas tocando la cama con los dedos de los pies, cubierta por un largo vestido blanco.

Este fenómeno también fue observado a menudo en la vida de otros místicos. San José de Cupertino O.F.M.Conv. (1603-1663), el “Santo de los vuelos”, cotidianamente permanecía suspendido en el aire durante la celebración de la Santa Misa. Una tal Anna Sinn de Caldaro, aseguró haber visto una vez a María von Moerl, permanecer completamente suspendida, hasta el punto de que el borde de su vestido, que rodeaba y ocultaba sus pies, estaba a un palmo de la cama.

Al hacerse público este acontecimiento, acudieron multitudes de diferentes lugares para ver a esta “santa viviente”, como la llamaban. La gente, incluso con cruces y banderas, se ponía en marcha hacia Caldaro. Todos querían ver a esta persona en oración y contemplación y alegrarse por el indescriptible y conmovedor espectáculo.

Finalmente, las autoridades eclesiásticas y seculares decidieron poner un límite a esta afluencia, que fue reducida, aunque continuó hasta su muerte.

**Las llagas sangrantes de Cristo y las visiones de su Pasión**

Siempre con más frecuencia María veía y contemplaba la Pasión de Cristo, así como toda la vida del Señor. Se arrodillaba durante mucho tiempo con los brazos extendidos; a menudo tenía los puños cerrados, como si dentro de ellos hubiera un clavo, donde decía sentir dolor.

Al igual que san Francisco de Asís, el fundador de la Tercera Orden Franciscana a la cual María pertenecía, ella también recibió las llagas de Jesús. Se asustó cuando, el 4 de febrero de 1834, descubrió por primera vez las heridas sangrantes en su cuerpo, al principio sólo en una mano. Cuando el confesor le preguntó de qué se trataba, María contestó “me habré pinchado”, pero al notar algo similar en su otra mano, se asustó y comenzó a llorar.

María von Buol relata sobre aquellos tiempos: “Las llagas sangraban al principio sólo los días de Comunión, luego cada jueves y viernes, cuando una sangre clara salía de las cinco heridas. Los otros días cada llaga estaba cubierta por una costra de sangre, pero las marcas seguían siendo claramente visibles”.[[20]](#footnote-20) María quería ocultar las llagas, pero era imposible hacerlo para siempre. Cuando extendía las manos en éxtasis, los visitantes con claridad podían ver las marcas, aunque, cuando María volvía en sí, intentaba rápidamente ocultar sus manos bajo la manta.

María no sólo participó físicamente en la Pasión del Señor, sino que también lo hizo de forma visionaria, de forma similar a como lo hicieron la beata Ana Catalina Emmerick (1774-1824) y otras personas marcadas por los estigmas. Vio los acontecimientos de la vida y la Pasión de Jesús, que ella acompañó con sus propias expresiones y gestos.

**Compromisos familiares**

María Sepp, una amiga de la familia, ayudó al hogar de los Moerl y a partir de entonces la situación económica mejoró. Con la ayuda de fray Capistrán y gracias al Señor Ferdinando von Giovanelli zu Gerstburg und Hörtenberg, hombre influyente y amigo de la familia, María pudo recibir una pensión de 400 florines al año en el convento de Damenstift Hall, cerca de Innsbruck, a partir de 1843. Esta era una buena fuente de ingresos adicionales para esta familia sumida en pobreza.

Las hermanas menores habían ya crecido y podían ayudar en la casa, mientras que María dirigía y organizaba todo desde su cama, apoyada por su padre espiritual, que a menudo actuaba como su portavoz.

Cuatro miembros de la familia Moerl tomaron pronto caminos distintos: el hijo mayor, José, se hizo capuchino y recibió el nombre de Jacinto. Celebró su primera Misa el 5 de agosto de 1834 en el monasterio franciscano de Caldaro. Las hermanas Julitta y Antonia se hicieron religiosas. Julitta ingresó en el convento de las hermanas dominicas de Lienz, una ciudad al este del Tirol, y Antonia se convirtió en hermana ursulina en Klagenfurt.

La cuarta persona que abandonó el hogar de los Moerl fue Johanna, que murió el 13 de marzo de 1836. María se sentía particularmente unida a esta hermana suya, y por eso cuando llevaron el ataúd a su habitación, María rompió a llorar. Sin embargo, tan pronto como el cuerpo fue sacado de la casa, el dolor de María se calmó y ella misma cayó en éxtasis. Durante este episodio extático, Dios le hizo ver que su querida hermana ya estaba con Él en la gloria.

María se quedó en casa de los Moerl con su padre enfermo y sus cuatro hermanos pequeños. Pronto las tres hermanas más enfermas fueron alojadas en diferentes monasterios buscando curación de sus males. Su hermano Félix fue el único que, junto con el hermano Jacinto O.F.M.Cap., permaneció en la casa familiar. Tenía mal genio, fue difícil educarlo a una edad temprana y María experimentó muchas dificultades y frustraciones con él. Durante este tiempo, José, el padre de María, renunció a su patrimonio y se conformó con alojamiento, comida y un salario compensatorio, teniendo derecho a vivir en la casa de Moerl hasta su muerte.

Cuando Peter Sölva, hermano de su madre, se retiró de la dirección de la casa de los Moerl, otro pariente se encargó de esta tarea: Antonio Wohlgemuth, de la cercana Appiano (Eppan), una persona extraordinariamente eficiente a la que, sin embargo, no le importaba mucho el carácter místico y religioso de sus parientes. Temía que María, con su generosidad, despilfarrara los bienes de la familia. Quizás pensaba en el dosel de color púrpura que María había donado para un nuevo altar mayor del monasterio de Caldaro. Sin embargo, no podía constatar que María haya gestionado mal la casa a lo largo de los años: fue gracias a su buen sentido común que la familia se salvó de la ruina financiera.

En la primavera de 1840, la hermana de María, Clotilde, que había tartamudeado toda su vida, murió en el convento de las Ursulinas de Klagenfurt, donde había sido acogida por su hermana Antonia, llena de bondad y misericordia hacia su hermana. En noviembre de ese mismo año, falleció su padre de una enfermedad pulmonar, lo que probablemente fue la causa de su falta de impulso y flaqueza. Cuando María se enteró de la muerte de su padre, echó a llorar amargamente, porque a pesar de todos sus defectos, verdaderamente lo quería.

**La disolución del núcleo familiar**

Tras la muerte de su padre, María dejó obviamente la casa en la Calle de Oro. Ana Schasser, una íntima amiga suya, le había ofrecido alojamiento en su casa, pero María se negó. Sabía que su futuro lugar sólo podía estar en un convento: no en calidad de una monja, sino como simple huésped. Eligió el convento de las Hermanas Terciarias, donde había frecuentado la escuela y donde las Hermanas le ofrecían no sólo educación, sino también espíritu franciscano.

Su hermano Félix, que reclamaba el derecho al hogar paterno, no estaba dispuesto a pagar por sus hermanas menores, ambas con algunos problemas de retraso en el desarrollo mental. Esto llevó a una disputa legal dentro de la familia en la que María se opuso a la posición de su hermano. Fray Capistrán la asistió en este delicado asunto y se dirigió a Ferdinando von Giovanelli de Bolzano (Boezen) a quien María escribió lo siguiente:

*“En calidad de hermana mayor, creo tener el derecho y la obligación de dar a conocer ciertas cosas sobre la tutela principal de mis hermanas Ana y Aloisia, con profundo respeto y sumisión [...]. Mis dos hermanas son buenas personas, pero no muy dotadas. Según lo que he observado hasta la fecha, Ana siempre necesitará un tutor o alguien que la cuide. Luis [Luisa] es mejor que se quede conmigo [...]. Nanni [Ana] no siempre se siente a gusto en su cuerpo y su carácter es tan inestable y melancólico que no puede encajar en ningún sitio y sólo puede ser cuidada por una persona dispuesta [para ayudarla]. Si se pudieran encontrar buenos inquilinos para las dos propiedades de las niñas, la administración sería bastante sencilla. Le pido, mi querido Barón, que comparta estos pensamientos con el guardián”*.

Precisamente a partir de esta carta podemos ver cómo María, a pesar de su constante estado extático, no había perdido el contacto con la realidad humana: no había perdido nada de su sentido práctico y de su afecto de hermana.

Tres años después de la muerte de su padre, la división de los bienes se había llevado a cabo y la unidad familiar se había disuelto. Félix era ahora el dueño de la casa Moerl, se había casado y había formado su propia familia, mientras que otra persona se ocupaba de Ana y Luise, por lo que los esfuerzos de María habían logrado su objetivo.

María no se benefició de la división de los bienes de la familia, sólo se le concedió una pequeña parcela de tierra cerca del lago de Caldaro, en una zona pantanosa y también un viñedo cerca del pueblo, de dos tercios de hectárea, y ella misma se sintió satisfecha con ello. La bodega de vinos, lo mejor que María pudo heredar, no duró mucho, ya que ella cedió su terreno al municipio para que construyera allí un cementerio. El encargado de construir el cementerio de Caldaro fue el terciario franciscano Sebastián Gasser,[[21]](#footnote-21) un factótum[[22]](#footnote-22) del monasterio que también sabía de construir.

Ignacio Grandi nos cuenta en su pequeño libro sobre María von Moerl: “Desde hace años, los ciudadanos de Caldaro pensaban seriamente en construir un nuevo cementerio. En el viejo cementerio, cerca de la iglesia parroquial, fueron enterrados demasiados muertos. Puede que no se remonte a la época de San Vigilio, pero durante más de mil años éste fue el último lugar de descanso para los muertos en Caldaro. Sin embargo, el cementerio carecía de espacio para enterrar a más muertos. En 1836, el año del cólera, el número de muertes había aumentado considerablemente y en ese terrible año, Ana Schasser y María Plunger demostraron ser unas heroicas enfermeras capaces de salvar muchas vidas. Sin embargo, los sepultureros tenían mucho trabajo que hacer y parece que este trabajo, tan necesario y obviamente para nada divertido, se hacía de noche, a la luz de las antorchas, y probablemente no siempre con el debido cuidado y precaución.

No se sabe si de día o de noche, pero una vez ocurrió que una parte del cementerio, hacia el valle del Adigio, se había desprendido y rodado ladera abajo junto con sus cadáveres. María von Moerl acudió en ayuda de sus compatriotas en este asunto, que se había convertido en una cuestión prioritaria para el municipio. Pidió que se les reservara el derecho a sólo dos tumbas: una para ella y sus parientes, la otra para el monasterio franciscano. Y así fue: en el cementerio, a la derecha, está la tumba del convento y, junto a ella, la tumba de la familia von Moerl, donde está enterrada María y su lápida está pegada a la pared”.[[23]](#footnote-23)

Volviendo a los hermanos menores de María, ella siguió cuidando de su hermana menor, Luise, y fue como una madre para ella. María la llevó a la habitación de las Hermanas Terciarias, que fue preparada para ella sobre la sacristía de la iglesia terciaria. Siempre fue conmovedor ver la ternura maternal con la que cuidaba a su hermana Luise, que murió en 1856 a los 29 años.

Su hermana Ana, o como también se la llamaba Annette, fue la última en morir de todos los hermanos Moerl, en 1896. Tal como había deseado María, Annette quedó bajo el cuidado de una asistente que la atendió durante toda su vida.

Luise y María von Moerl legaron varios ornamentos a los franciscanos de Caldaro. Luise donó a los frailes 500 florines por una casulla blanca. Sin embargo, como la casulla costaba mucho más, María añadió la cantidad de dinero que faltaba, demostrando así ser una hija espiritual de San Francisco de Asís. Todo lo relacionado con la Eucaristía, como los ornamentos y los cálices, nunca fue algo demasiado valioso para ella. María donó entonces a los franciscanos una casulla roja, que constaba de cuatro paramentos, dos dalmáticas,[[24]](#footnote-24) un pluvial[[25]](#footnote-25) y un velo humeral. En su carta de 1866 escribió:

*“Para la mayor gloria de Dios, para la gloria de la Santísima Virgen María, para San Francisco y San Antonio de Padua, y en memoria de mi inolvidable guía espiritual, es decir, el reverendo ex-provincial fray Kapistrán Soyer, por la presente consigno esta casulla roja [...] al convento franciscano de Caldaro y me gustaría que se utilizara sólo en las siguientes fiestas: Todos los Santos, San Esteban, Santa Claudia,[[26]](#footnote-26) en las fiestas de Pentecostés, de San Apóstol, en la fiesta de los Príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo y en ocasiones inusuales y extraordinarias, y al mismo tiempo pido al venerable convento que recuerde a mis familiares difuntos en sus santas oraciones”*.

*Caldaro, el 5 de abril de 1866, María Moerl*[[27]](#footnote-27)

**En el convento de las Hermanas Terciarias**

A finales del otoño de 1841, María abandonó definitivamente la casa de sus padres y se instaló en el anexo de la Iglesia de las Terciarias, donde también había trabajado como maestro de obras el terciario franciscano Sebastián Gasser. La habitación de María tenía su propia entrada y así podía recibir a la gente sin perturbar el orden de esta casa religiosa. Una ventana interior de la iglesia daba al Santísimo Sacramento. La cama estaba colocada en un rincón y el altar, que había traído de la casa de sus padres, estaba colocado enfrente. En el altar se celebraba la Santa Misa dos veces por semana, durante la cual María recibía la Santa Comunión. Frente a su celda había una antecámara y una cocina de la que salía una puerta hacia el convento. En este lugar iba a pasar veintiséis años de su vida. Hoy esta celda es un oratorio de las Hermanas Terciarias.

María decidió dejar la casa de sus padres el día del aniversario de la muerte de su padre, el 3 de noviembre de 1841. A las 8 p.m., fue llevada desde la Calle de Oro a dicho convento, envuelta en la oscuridad de la noche. Estuvieron presentes a este acontecimiento fray Juan Capistrán, el maestro de obras, fray Sebastián Gasser, y un maestro carpintero de Caldaro.

“Por última vez, su mirada se dirigió a las habitaciones en las que había pasado su infancia al lado de su querida madre, que luego de su muerte, a una edad temprana, se había hecho cargo de sus hermanos y de su padre. En esas cuatro paredes había vivido una vida de virtud y oración, había experimentado la comunión mística con Dios y sus éxtasis. Esta era la habitación en la que había sido visitada por el mundo de la luz y el de la oscuridad, confortada por aquel y torturada por éste. En esa habitación el piadoso e inteligente religioso había practicado el exorcismo y puesto fin a la actividad satánica, y aquí también había recibido y sufrido las llagas de Cristo. Pero, ¿por qué ha ocurrido todo esto? Ciertamente no sólo para ella, sino, según nos parece, en el plan de Dios esto ocurría para su glorificación y la salvación de muchas almas. Esta era la sala de la que salían tantas bendiciones que también se podían constatar en las parroquias reavivadas por la vida y los sufrimientos de María.

El maestro carpintero y el hermano del convento levantaron a la buena mujer sobre el armazón y la llevaron suavemente por la estrecha y sinuosa escalera, sobre aquellos escalones de piedra que habían sido pisados por innumerables visitantes, por gente de lejos y de cerca, de alta y baja condición. La enferma fue llevada lentamente del segundo piso al primero y, luego, del primero a la calle, de ahí a la vuelta de la esquina y luego directamente al pequeño convento, al nuevo hogar o a la santa prisión, si se la quiere llamar así. Los hombres caminaron en silencio por las oscuras y frías callejuelas; el peso no era mucho, pero la subida hacia la montaña había sido difícil. Con prudencia y con cierta timidez llevaron a esta criatura indefensa, muda, sufriente y herida en cinco partes”.[[28]](#footnote-28)

Junto con María, su hermana menor Luise también dejó la casa de su padre, y la diligente criada, María Tschanderin, se fue con ellas. Tenía más o menos la misma edad que María y había sido leal a la familia durante varios años y, desde entonces, permanecería al lado de María y Luise como su apoyo. En Caldaro era conocida como “la Moidl (un apodo cariñoso de María) de María von Moerl”.

“Es fácil imaginar el entusiasmo con el que las buenas monjas (del convento) intentaban satisfacer todos los deseos de su nueva compañera de casa, aunque ella no tuviera muchos [...]. Las pocas necesidades de María fueron atendidas por la Tschanderin [...]. Las hermanas se esforzaron lo más posible con Luise, la hermana de María: le enseñaron labores femeninas, a cocinar, a tejer y a remendar, e incluso intentaron enseñarle italiano, pero sin mucho éxito. Las monjas pidieron una cosa muy especial a cambio de su disponibilidad: antes de la investidura, las mujeres eran llevadas adonde María, que les cortaba sus trenzas con unas afiladas tijeras. Después de hacerlo, María cogía a la hermana religiosa en sus brazos y le expresaba su felicitación de forma silenciosa, pero al mismo tiempo elocuente”.[[29]](#footnote-29)

**Los visitantes a la celda del convento**

Todos los días, la gente se reunía frente al muro del jardín del convento de las Terciarias y esperaba a que el hermano Capistrán abriera la puerta del anexo, siempre alrededor del mediodía. Muchas personas diferentes vinieron a visitar a María, sobre todo de los alrededores. Venían con sus preocupaciones, más o menos graves. A menudo era la gente la que abría su corazón a María para recibir sus consejos o pedirle oraciones. El joven al que María escribió la siguiente carta, probablemente la había visitado recientemente en su celda:

“*Alabado sea Jesucristo*

*¡Querido Andrä!*

*Como piadoso recordatorio, me gustaría enviarle a Usted una breve carta con el ruego de que la lea a menudo y siga su contenido. Por encima de todo, tenga siempre presente a Dios. “Esté donde esté y haga lo que haga, Dios Padre me está viendo”.*

*Sea un alumno diligente y lleno de dignidad, ya que un tal alumno le agrada a Dios y al mundo y es el consuelo y la alegría de sus padres. No se abstenga de la santa oración, porque la bendición de Dios viene a través de ella, y todo depende de la bendición de Dios.*

*Rece con diligencia por la mañana y por la noche: “Empiece con Dios y termine con Dios, esta es la vida más hermosa”. Alimente un amor filial a la Madre de Dios, y piense a menudo en el Ángel de la Guarda, que le acompaña siempre y en todas partes.*

*Sea también un hijo obediente. Siga con diligencia y sin vacilaciones lo que dicen sus queridos padres, que tienen buenas intenciones con Usted y que sólo buscan su bienestar temporal y eterno. Y así Usted también, como Jesús, el modelo para todos nosotros, crecerá en edad, así como en gracia y sabiduría ante Dios y los hombres. Esto es lo que deseo sinceramente para Usted, querido Andrä, y también se lo pediré a Dios. Le pongo bajo la protección de la Santísima Virgen María.*

*Su santo Ángel de la Guarda le protege a cada paso. Que la gracia de Dios le acompañe.*

*En el más Sagrado Corazón de Jesús y María le saluda*

*María Moerl, Caldaro, el 24 de septiembre de 1863.*

Había también visitantes de países tan lejanos como Alemania, Suiza, Italia, Luxemburgo e Inglaterra. Todos querían hablar con María, verla y, sobre todo, presenciar la Pasión del viernes. Fray Capistrán desempeñó aquí el papel de guardián y mediador, si el tiempo y las obligaciones se lo permitían. Dejaba que algunas personas entraran en la habitación con calma y serenidad, mientras que, si la multitud era demasiado grande, la gente tenía que hacer cola y esperar su turno. La pequeña habitación frente a la celda de María servía de sala de espera para los invitados.

María se alegraba especialmente cuando había niños entre los visitantes. Quería que fuesen colocados en su cama para que se riesen y bromeasen con ella. Luego elegía las estampitas más coloradas para ofrecérselas como pequeños regalos. Ponía sus manos sobre ellos y los acariciaba. El juez Stöckl escribe en su informe: “Con mi Margarita, de la que iba a ser madrina, como con todos los demás niños, compartió su alegría de vivir, la subió a la cama, le dio regalos y la besó”.[[30]](#footnote-30)

A veces incluso las alumnas de Caldaro podían entrar en la habitación de la sierva de Dios, donde intentaban besar sus manos. María, sin embargo, estaba preparada para eso y sabía cómo evitar ese indeseado homenaje. Muchas de las chicas no olvidaron jamás una tal visita. Un niño que luego llegó a ser un adulto confesó: “¡He conocido a una santa en mi vida, María von Moerl!”

Su amor por los niños se evidencia en el hecho de que María asumía a menudo el papel de madrina cuando se le pedía este favor. Una vez, con motivo del onomástico de José, uno de sus ahijados (que para entonces ya era un adolescente), le escribió este mensaje:

*“Mi querido José, el día de San José me brinda la oportunidad de enviarte no sólo las deseadas estampitas, sino también un deseo muy sincero. Dios dispuso que en tu santo bautismo yo hiciera una alianza con él a tu favor, y no necesito decir lo importante que es tu alma para mí – lo siento siempre – pero especialmente lo cercana que estoy en este día santo”.*

Cuando el experto en la mística, José von Görres, se encontraba en Caldaro para observar a María en éxtasis, el sobrino de Ana Schasser fue bautizado en la celda de María. Durante la ceremonia, María, según relata Görres, cayó en éxtasis varias veces. Esta vista especial (el niño recién bautizado en los brazos de María) le hizo pensar a un ángel con un bebé en sus brazos.

María también quería a los animales, especialmente a los pájaros. Los pájaros cantores se acercaban a su ventana los días de Comunión y la alegraban con sus melodías. “María tomaba las palomas, las colocaba a su antojo a la izquierda y a la derecha sobre la cama, las acercaba a sí, se arrodillaba y volvía a levantarse sin golpearlas, y las mismas palomas, aunque no estaban acostumbradas ni eran cuidadas por ella, permanecían quietas, acariciando su cara, metiendo sus picos en su boca mientras ella rezaba, permaneciendo así durante horas sin comer. Cuando todavía tenía estas palomas, decía: *“El Señor lo quiere, porque representan la unidad y la trinidad”.* También es sorprendente el hecho de que, durante casi todo el año, sus comuniones matutinas siempre iban acompañadas de pájaros cantores frente a la ventana”.[[31]](#footnote-31)

**Autoridades eclesiásticas**

Incluso las autoridades eclesiásticas, que a menudo viajaban del norte hacia Italia, hacían una parada intermedia en la habitación de María en Caldaro. Entre ellos estuvo el obispo de Passau, Henrique Hochstätter, que la visitó hasta cuatro veces. Le contaba sus penas y alegrías de pastor de su diócesis y María, por su parte, le expresaba su interés y prometía orar por él.

El obispo de Chersonnes y, a la vez, obispo designado de Luxemburgo, Theodor Laurent von Chersonnes, describió su visita a María de forma particularmente vívida. Fue a verla en mayo de 1863, dos días antes de la fiesta de la Santísima Trinidad. Fue acompañado por Sor Clara Fey, santa fundadora de las “Hermanas del Pobre Niño Jesús”, de la cual era el director espiritual. Pudieron ver a María en éxtasis. Posteriormente a este hecho, Monseñor Theodor Laurent escribió a un conocido: “Nunca jamás en mi vida me había sentido tan conmovido y tan lleno gracias a un momento como éste [...]”.

Al éxtasis de dolor siguió un éxtasis de júbilo, durante la cual la Sierva de Dios le agradecía al Señor por su sufrimiento en la Cruz y se alegraba de su victoria sobre el pecado y la muerte. El obispo continuó en su carta: “Por mucho que quisiéramos verla despierta y ser reconocidos por ella, no queríamos distraerla de su momento de consuelo. Sin embargo, fray Capistrán murmuró en voz baja, para ser escuchado sólo por nosotros, lo siguiente: *'Por la obediencia, vuelva a sus sentidos'*. María, que estaba bajo la manta, miró a su alrededor, libre y serena, como si nada hubiera pasado. Inmediatamente reconoció a la Madre Clara, la atrajo hacia ella y la saludó calurosamente, luego me dio la bienvenida y fue muy amable y cariñosa, tanto que nos olvidamos completamente de que estábamos en presencia de una mujer tan favorecida por Dios”.

El obispo relató a continuación su despedida de María: “Agarró mi mano pecadora con sus manos como aquellas del Señor (llagadas), para besar mi anillo, y luego me miró con esos hermosos, expresivos y afligidos ojos, en los cuales, tantas veces, se veía [reflejado] el día celestial. De esta manera visité a esta santa esposa del Señor. No puedo decirles qué recuerdo tan hermoso y dulce, aunque melancólico, llevo conmigo”.

Al cabo de un año, su sucesor, el obispo Nikolaus Adames, visitó Caldaro. La crónica del monasterio no menciona, en la referencia a esta visita, si el obispo quedó satisfecho y edificado al visitar a María. Sólo afirma que él quedó completamente convencido del estado sobrenatural de ella.

“Entre los obispos austriacos que visitaron a María von Moerl, cabe destacar al arzobispo Milde de Viena, al obispo de Lavant en Estiria, al abad de los Mekhitaritas[[32]](#footnote-32) residente en Viena y al arzobispo de Cesárea, Azaria, que, como señala expresamente la crónica del convento, daba la impresión de ser un santo. Quedó asombrado por lo que pudo percibir de María y, según se dice, alabó a Dios.

Un gran impacto tuvo la llegada a Caldaro del Nuncio Apostólico en Viena, Monseñor Altieri, para ver a María von Moerl. Fue el día de 26 de abril del 1843. Cuando entró en su habitación se arrodilló para unir su oración a la de María. Luego le habló largamente, pidiéndole que rezara por él y por las intenciones del Papa [...].

María von Moerl ejerció una gran atracción sobre los católicos ingleses. La crónica del convento habla de un número significativo de obispos ingleses que, presumiblemente de camino a Roma, visitaron a la extática de Caldaro [...]. Se menciona específicamente a un obispo llamado George Brown, que visitó a María en dos ocasiones, pero cuya sede episcopal no se menciona, y a un obispo misionero inglés, Monseñor Polling, que “entre lágrimas” pedía a María que rezara por sus varias misiones y por su persona”.[[33]](#footnote-33)

Entre los laicos se mencionan el Señor Giovanni Saldatura, sobrino del Cardenal Weld, y el Conde Shrewsbury, que visitó a María en 1841 y de cuya visita “habló animadamente con un amigo”. También se nos habla de las visitas de varios obispos italianos. El obispo designado de Cremona, monseñor Karl Emmanuel Sardagna, informó que se le permitió celebrar la santa Misa en la habitación de María y darle la comunión, el 3 de mayo de 1838. A finales del verano de ese mismo año, la abadía de Novacella, situada cerca de Bressanone (Brixen), celebró una fiesta especial. Monseñor Vincenzo Tizzani, arzobispo titular de Nisibis, que presidía los Cánones de Letrán, fue enviado como representante de Roma y, tras las fiestas, visitó a Dominga Lazzeri,[[34]](#footnote-34) Úrsula Mohr[[35]](#footnote-35) y María von Moerl y observó cómo esta última flotaba en éxtasis “como si tuviera alas”. Sin embargo, Monseñor Tizzani la encontró amable y natural tan pronto que ella hubo salido de su éxtasis. Durante su segunda visita a María von Moerl, quiso ver expresamente sus heridas y le ordenó que abriera sus manos cerradas, y ella le obedeció, aunque con suspiros.

**Autoridades seculares**

Fueron principalmente los príncipes de la dinastía imperial de los Habsburgos los que quisieron ver la estigmatizada de Caldaro: el archiduque Esteban, nieto del emperador Francisco, el archiduque Juan con su esposa, la condesa de Merano. Durante su visita, la archiduquesa Sofía pidió a María que, en sus oraciones, se acordara especialmente de su hijo. El conde León Thun, príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen, también la visitó un día, al igual que la emperatriz María Ana. El archiduque Karl Ludwig, hermano del emperador, que poco antes había sido nombrado gobernador del Tirol, también visitó al “Milagro de Caldaro” quedándose en su habitación durante mucho tiempo. La visitó tres veces y le pidió repetidamente que rezara por las dificultades que atravesaba Austria y por su hermano, el emperador.

Sin embargo, no todos los peregrinos podían visitar a María en su celda y presentarle sus peticiones de oración. Por esta razón algunos, tomando papel y lápiz, le comunicaban por escrito sus necesidades. María, por su parte, les prometía también por escrito y en la medida de sus posibilidades, recordarlos en la oración. En efecto, rezaba con alegría por diversas necesidades de la Iglesia y del mundo secular y también por esto ofrecía a Dios sus propios sufrimientos.

**Último y doloroso paso**

**“**María von Moerl se había convertido poco a poco en el punto de referencia de su ciudad de origen, no se podía imaginar Caldaro sin la Extática [...]. Año tras año, siempre tenía lugar el mismo espectáculo: la virgen extasiada con el pelo suelto, arrodillada e inclinada hacia delante, las manos heridas y juntas en la oración, la mirada dirigida al cielo, una mirada unas veces sufriente y otras alegre. Cada mañana permanecía en éxtasis escuchando la Santa Misa, cada viernes veía morir a su Salvador en la cruz y ella misma moría con él con una muerte mística llena de compasión. Los habitantes de Caldaro estaban muy orgullosos de su “Moerl-Marie”, sin embargo, desde ya mucho tiempo se habían acostumbrado a ella”.[[36]](#footnote-36)

Mientras tanto, el tiempo pasaba. Muchas personas que habían conocido a María von Moerl en su juventud la habían ya precedido en la muerte. En 1850 murió su fiel vecina Ana Schasser, buena “mujer de Windegg”, la última superviviente de sus hermanos. Su padre espiritual, fray Juan Capistrán, también había envejecido. A los sesenta y siete años, parecía débil y agotado. Las enfermedades, las vigilias nocturnas y su incansable trabajo de docente, de provincial y visitador general de la provincia franciscana de Alemania del Norte habían agotado sus fuerzas.

Siempre mantuvo un contacto con María durante sus viajes. Durante una visita, desde el norte de Alemania, le escribió: “Amada hija espiritual de Jesús, querida María, no estás ausente para mí, sino presente y tu misión no es vana; pido a Dios por ti, y te encomiendo, y tus peticiones interiores y exteriores, a Él y a su Santísima Madre”. Fray Capistrán murió el 5 de mayo de 1865, “lleno de un ardiente deseo de unión con Cristo”, según fue escrito en la crónica del convento franciscano con motivo de su muerte.

“El luto en Caldaro fue grande: durante cuarenta años este santo sacerdote estuvo activo en el Municipio, apreciado y querido de todos, percibido y venerado por muchos como un iluminado guía espiritual. A cuántos ha animado, a cuántos pecadores ha devuelto al buen camino, a cuántos dudosos ha mostrado el camino de la fe, a cuántas almas divinas ha conducido por el escarpado sendero de la perfección [...]. El luto pesaba en el lugar, como si hubiera fallecido un padre de familia. Todo el pueblo se había agolpado en torno a su cuerpo en el claustro exterior, y el culto al difunto no tenía límites en la población, todos querían tener un recuerdo del santo franciscano. Su vestido había sido cortado hasta las rodillas porque la gente quería una reliquia.

Pero su hija espiritual, “buena María”, como la llamaba cariñosamente, fue la que sufrió la mayor pérdida. Después de él, Fray Simón Prantauer se convirtió en el guía espiritual de María. Puede que fuera un buen pastor, pero no tenía la ventaja de tanta experiencia en el acompañamiento espiritual y no tenía los conocimientos que tenía fray Capistrán”, señaló María von Buol.[[37]](#footnote-37)

Fray Juan Capistrán, que había apoyado y guiado a María von Moerl desde una temprana edad, conocía todos sus altibajos. La muerte de este gran religioso fue el último gran sacrificio que María tuvo que hacer, tras el cual ella empezó a retirarse cada vez más en sí misma.

Sin embargo, el número de visitantes no disminuyó. La afluencia en el verano de 1867, unos meses antes de su muerte, fue enorme. La apertura del ferrocarril del Brenero había facilitado viajes al Tirol del Sur y todos los días multitudes de personas inundaban la habitación de María, donde ella pasaba sus días y noches en continua adoración.

Durante aquellos últimos meses de su vida, el sufrimiento de María fue grande. Percibía los más diversos tormentos que agobiaban a la Iglesia. Al Papa y al emperador los incluía en sus oraciones diarias. A veces Dios la encargaba rezar por algunos países en particular. La Iglesia y su patria estaban muy cerca de su corazón. Veía que para ambas se acercaban tiempos difíciles y ella misma se ofrecía como víctima a Dios para contrarrestar la injusticia y expiar los pecados cometidos en ellas.

***Las últimas tormentas***

La noche del 8 de septiembre de 1867, fiesta de la Natividad de María Santísima, María von Moerl se sintió especialmente motivada de rezar por la Iglesia y por su país. Entonces, de repente, se vio cogida por algo totalmente inesperado: su éxtasis se había marchado mientras ella ya no lograba orar. Su misterioso silencio se rompió y María podía de nuevo hablar, aunque tenía la impresión de estar abandonada por el Cielo.

Quizás María estaba experimentando lo mismo que San Francisco de Asís, quien al final de su vida, envuelto en tantas dudas, se creía rechazado por Dios. Sin embargo, Dios le dio a conocer que a través de esa pasión alcanzaría la gloria. Eso hizo que el Santo de Asís estalló de tal alegría que compuso el cántico del hermano sol.

“Ciertamente, sus últimas pruebas, tres meses antes de su muerte, fueron terribles. Un último y horrible ataque del infierno pareció invadirla. Se acusó a sí misma, en la terrible situación de horror y angustia interior, de haber engañado a sí misma y a los demás, declaraciones que venían del demonio o que pronunciaba por un profundo sentimiento de humildad; ella, que había mirado toda su vida a la majestad de Dios, se sentía como un indigno gusano”.[[38]](#footnote-38) Todas las palabras de fray Simón no servían para nada; era como si Dios ya no estuviera al lado de María. Se sentía indigna de recibir la Sagrada Comunión, no podía comer ni beber y no podía dormir.

En medio de toda esta confusión espiritual, de todas maneras, seguía siendo una vidente: “Sus ojos cansados y temerosos veían los oscuros secretos del futuro. Vio el asesinato y la guerra, guerreros enemigos vagando por el país con banderas rojas que ondeaban en sus manos. Clamaba que al papa y al emperador se les estaba quitando toda la propiedad y gemía al preguntarse cómo eso era posible, ya que ella siempre había rezado profundamente por ellos. Vio a los demonios acercarse a ella, agarrarla y arrastrarla con ellos. ‘Ahora tenemos a Moerl-Marie’, gritaban. ‘¡Abajo con ella al infierno! Oh, esto es un verdadero triunfo’”.[[39]](#footnote-39)

Fray Simón, desesperado, dijo que se había vuelto loca. Sofía von Angelini,[[40]](#footnote-40) amiga de María, y la hija del panadero, María Plunger, juzgaron más correctamente su estado, reconociendo en él una prueba final de Dios.

**Destellos de luz**

En estos tiempos difíciles, Sofía von Angelini era un rayo de esperanza para ella. Ya a la edad de 12 años, fue a visitar a María junto con su madre. El poder verla en éxtasis había despertado en Sofía el deseo de consagrarse completamente a Dios y de construir un monasterio de adoración en Innsbruck con la herencia de su padre. Pasaron años antes de que el proyecto se convirtiera poco a poco en una realidad.

Durante este tiempo de espera, Sofía se quedaba a menudo con su amiga espiritual. Le hacía de secretaria y se encargaba de la correspondencia; era muy crítica, como confesó en una de sus cartas. En algunas de las cartas dirigidas a María se hallaban a menudo palabras demasiado vagas, por lo cual Sofía decía: “¡Oh, querida María, esta es una carta estúpida, ¡no se la leeré!” y María lo aceptaba de buen grado. Quería a Sofía como a una madre y su original carácter la hacía reir.

María estaba muy en favor del monasterio de adoración que proyectaba su amiga, y rezó con ella novena tras novena para que el monasterio se hiciera realidad lo antes posible.

En los momentos de luz, María imploraba la ayuda de Dios. Una vez dijo: “*¡Qué grande y fuerte eres, oh Dios, que elegiste a una chica de mente sencilla para oponerte a tus enemigos!*” Fray Simón, muy preocupado por ella, comenzó a rezar una novena a Santa Teresa de Ávila en el mes de octubre. Sabía, en efecto, que la santa Patrona de María también había padecido graves sufrimientos interiores y sabía también que Santa Teresa se había revelado como una verdadera ayudante de María.

El día de su fiesta, el 15 de octubre, María se calmó y desde ese día su alma comenzó a iluminarse. El 23 de octubre, en ocasión del onomástico de su padre espiritual Capistrán, pudo volver a comulgar e inmediatamente después desaparecieron todos sus temores. Como San Francisco, que había compuesto el cántico del sol después de su noche oscura, así María, saliendo de su noche, se arrodilló diciendo: *“¡Honrado y bendito sea el Santísimo Sacramento del altar!”*

Oyó alegres melodías y los repiques de campana de fiesta y preguntó a sus visitantes si también las habían oído. Comenzó a alabar a Dios: *“¡Alabado sea el Señor, la Iglesia ha ganado!”* Ella, que durante treinta y cinco años sólo había sido capaz de tartamudear y producir sonidos ininteligibles, ¡volvió a ser capaz de formular tales elogios!

De repente, volvió a guardar silencio y, con el silencio, su éxtasis había regresado. Ignacio Grandi afirma: “Parece haber una conexión entre dos fenómenos de su vida: el mutismo exterior y la inmersión extática en Dios”.[[41]](#footnote-41)

**El tránsito**

Sin embargo, algo había cambiado. Su cuerpo debilitado ya no le permitía rezar de rodillas durante horas enteras. Las últimas semanas la habían agotado, aunque podía comer de nuevo. Su cara y todo su cuerpo se hincharon. La hemólisis, que ya había comenzado hace algún tiempo, había progresado. En su espalda se abrieron heridas que quemaban como fuego y María experimentaba un dolor indescriptible. Fray Simón comentó: “Por supuesto, en este estado gemía como una niña. Sin embargo, luego volvió a sufrir con gran paciencia, rezaba mucho y a menudo se servía, una y otra vez, de esta expresión de amor: *“¡Jesús mío, todo por ti!”*.

El año de la muerte de María fue 1868. El 6 de enero, fiesta de la Epifanía del Señor, estuvo tan enferma que se pensó que no viviría más allá de ese día. Sin embargo, cuando se le dieron los últimos sacramentos, dio señales de que la hora de la muerte no había llegado todavía. Durante los siguientes días, permaneció plenamente consciente y se le permitió recibir la Sagrada Comunión diariamente, una alegría única para ella. Recibió su última comunión la noche del 10 al 11 de enero.

María von Buol describe las últimas horas de María von Moerl de la siguiente manera: “Descansaba en tranquila serenidad en su cama; las pasiones y las luchas de su vida detrás de ella, las alegrías de la eternidad [...] frente a ella, esperaba a su amado, en una oración tranquila y sin palabras, sólo de vez en cuando susurraba su nombre favorito: *Jesús*. Hacia las dos de la madrugada susurró el nombre de Jesús dos veces seguidas, y luego añadió, de manera apenas audible: “¡Oh, ¡qué hermoso...!”, ¡qué hermoso...!" Unas pocas respiraciones débiles más y había entrado en la alegría de su Señor”.[[42]](#footnote-42)

El cuerpo de María estaba cubierto por una larga túnica blanca. Como una esposa, yacía en el convento de las Hermanas Terciarias, cubierta con un velo blanco y una corona de rosas blancas alrededor de su cabeza.

Para evitar la aglomeración de gente, igual después de la muerte de fray Capistrán, fue dejada cerrada la malla de hierro del vestíbulo de la iglesia. Miles de personas acudieron a despedirse de su querida *Moerl-Marie*. Una sonrisa adornaba su rostro y, cuando más tarde el velo que la cubría había sido quitado, el cuerpo de la difunta apareció aún más hermoso. No se encontraba ni un hilo gris en los oscuros cabellos de esta mujer de cincuenta y cinco años.

María predijo que las llagas desaparecerían poco antes de su muerte y así fue.

No es un secreto que María von Moerl fue venerada en vida y luego enterrada como una santa. En su ataúd fue colocado un documento, encerrado en un recipiente, para asegurar la identidad de sus restos mortales en los tiempos posteriores. La fallecida fue colocada en un ataúd de zinc, que a su vez fue puesto dentro de un ataúd de madera. Una interminable procesión acompañó los restos mortales de la Extática desde Caldaro hasta el cementerio que la Sierva de Dios había donado al municipio.

Exactamente cien años después, se reabrió la tumba bajo el arco de los difuntos Moerl y entonces fue encontrado el mencionado documento en su contenedor, en el que se describía a María von Moerl como una virgen altamente favorecida por Dios. De su cuerpo sólo quedaron los huesos. Quizás, la gente se sintió algo decepcionada por estos escasos restos. Sin embargo, su vida cristiana-franciscana vale más que todos los hallazgos materiales, ¿verdad?

El 1 de julio de 2016, en la capilla de San Juan del convento franciscano de Bolzano (Boezen), el obispo diocesano Ivo Muser inauguró el proceso de beatificación de la Sierva de Dios, María von Moerl.

**La intercesión de María**

Un sacerdote, en una carta escrita a sus padres entre 1868 y 1874, poco después de la muerte de María von Moerl, relata una curación narrada por una monja de la Congregación Vicentina:

“[...] En aquel tiempo, un trabajador fue trasladado al hospital [...] porque un fragmento había volado hacia su ojo mientras rompía piedras. El ojo parecía estar en terrible estado y el hombre gritaba de dolor. El ojo fue revisado tres veces sin éxito, y el 9 de marzo de ese año, el médico decidió que había que extirparlo. La noche del 8 de marzo, el hombre gritaba con fuerza mientras las hermanas estaban en la habitación contigua. Se les ocurrió dar una pequeña parte de la sábana de Moerl-Marie a la enfermera que estaba allí para atender al hombre y le dijeron que la pusiera sobre el ojo del doliente. Cumplió las órdenes con fe y confianza, rezó un Padre Nuestro y tres Gloria al Padre, se fue y volvió al cabo de un rato. El hombre estaba tranquilo y dijo: 'Ahora se acabó el dolor'. Y así se quedó, el dolor no volvió a aparecer y el ojo retomó su forma. Esto ocurrió gracias a Dios y a la intercesión de María von Moerl. El siguiente relato está tomado de las palabras de una monja de la congregación vicentina”.[[43]](#footnote-43)

Un tal Franz Sinn, de Caldaro, se libró de graves y dolorosas lesiones en ambas piernas tras haber invocado a María von Moerl.

Una mujer de Appiano tenía en el pecho una herida que emanaba pus. Después de invocar la intercesión de María von Moerl, colocó una pequeña parte del vestido de María en la herida y a la mañana siguiente la herida estaba fresca y limpia, luego se curó completamente.

En Innsbruck, poco después de la muerte de María, una mujer enferma de tuberculosis fue curada por su intercesión.

En los archivos de la provincia franciscana de Hall, en el Tirol, se conserva una carta de un franciscano de Sinj (Dalmacia) en la que se relatan dos curaciones impresionantes ocurridas en 1878, de cuya autenticidad dicho fraile daba fe: por intercesión de la Sierva de Dios, María von Moerl, y a través de un trozo de tela suyo, una niña de cinco años, que estaba completamente ciega, recibió la vista. Del mismo modo un hombre fue curado de un tumor.

Un tal hermano Cosmas informó de otra curación: “En 1928 padecí una cardiopatía y la sufrí durante cinco años. Los médicos me habían declarado incurable. Recé dos novenas a la Beata María von Moerl, y ¡he aquí! Después de la segunda novena, en febrero de 1933, me curé de mi cardiopatía. Hace dos años que estoy curado”.

1. **La espiritualidad de María von Moerl**

**Marcada por el espíritu de San Francisco de Asís**

Los tres pilares de la espiritualidad franciscana son: el pesebre, la cruz y el altar (Eucaristía). Como miembro de la Tercera Orden Franciscana, María von Moerl vivió esta espiritualidad, basada en la filosofía de la pobreza, y fue plasmada por ella. Su padre y guía espiritual, el fraile franciscano Juan Capistrán Soyer, tuvo sin duda una importante influencia en este sentido.

***El pesebre***

San Francisco de Asís es considerado el inventor del pesebre. Tenía una profunda pasión por la cercanía y la experiencia de la Encarnación de Dios. Fue movido por el deseo de vivir el misterio de Belén de más cerca y “ver el nacimiento de Cristo de la forma más tangible posible con sus propios ojos”.[[44]](#footnote-44) Por esta razón, Francisco trató de representar el pesebre lo más fielmente posible para comunicar a todos sus amigos su alegría basada en la profunda meditación del nacimiento del Hijo de Dios. San Francisco también celebró el misterio de Belén de forma eucarística: sobre el pesebre fue erigido un altar en el que se celebró la Misa de Navidad. Esta celebración pretendía evocar el amor y la humildad en los frailes y en el pueblo.

María von Moerl se mostró como una verdadera hija de San Francisco en su veneración al Niño de Belén. El juez Stöckl registró las visiones navideñas de María ocurridas en 1838:

“[...] Era la víspera de Navidad, el 24 de diciembre de 1838 [...]. Tal como se había acordado, las puertas se abrieron para mí siguiendo una señal dada y me encontré en la habitación de María. Estaba ante el altar, en el que ardían velas [...]. Hacia las 11:45 extendió las manos como si quisiera ofrecer sus servicios a la Virgen María, y poco antes del mediodía parecía que quisiese recibir al recién nacido en sus brazos. A partir de ese momento, su rostro se transfiguró como el sol de la primavera y parecía regocijarse en la abundancia de alegría del nacimiento del Hijo del Hombre.

A las 12:30 comenzó el momento cumbre del éxtasis: como si hubiera escuchado el canto jubiloso de los ángeles. Como la aguja levantada por el imán, levantó los brazos hacia el cielo y fue arrastrada por una fuerza sobrenatural: inicialmente desde el suelo hasta el sillón de al lado, y desde allí hasta su cama, donde, tocándola sólo con los dedos de los pies, con la cara vuelta en dirección celeste, los brazos extendidos, pareció más bien flotar durante media hora que estar de pie.

Era evidente que su débil organismo se sometería finalmente a una enorme recuperación espiritual, por lo que Fray Capistrán le ordenó que volviera bajo santa obediencia e inmediatamente cayó de rodillas con toda la fuerza de su cuerpo, y poco después, obedeciendo una segunda orden, descansó [...]”.[[45]](#footnote-45)

“En Navidad, acunó al Divino Niño en sus brazos y en la Epifanía (6 de enero) lo adoró junto a los Reyes Magos de Oriente. Desde la Navidad hasta la Candelaria (2 de febrero), a menudo tenía los brazos y las manos abiertas como si tuviera niños en los brazos”.[[46]](#footnote-46)

En el diario de Fray Capistrán leemos lo siguiente sobre la Navidad: “En esta ocasión [...] su contemplación interior adquiría una nueva luz de claridad y también se hacía mucho más admirable exteriormente. En ese momento, saltaba repetidamente de la cama al suelo del hipocausto (calefacción) y rezaba allí de rodillas durante más de una hora y media. A veces estas contemplaciones se prolongaban hasta las 9 de la noche, como en las fiestas de San Esteban, San Juan y los Santos Inocentes, y también en la Epifanía y los dos días siguientes.

Además de las contemplaciones del nacimiento del Señor a medianoche, desde las 8:45 p.m. hasta las 00:45 a.m., revivía el discurso y la muerte de San Esteban, que María representaba vívidamente (con signos externos), y la vida de Juan el Evangelista, con una mano en el aire, armada, por así decir, de un portaplumas, apoyada en un pie, y todo ello en el suelo del dormitorio. Saltaba, con el más mínimo apoyo de mi mano, dando grandes pasos hacia el dormitorio, aplaudiendo y diciendo: *'Sí, Maestro, ya voy; sí, Maestro, ya voy'*.

La muerte de los niños inocentes también le afectaba mucho, parecía muy triste. El día de la Epifanía, hacia el atardecer, y desde entonces con más frecuencia, rezaba como los orientales, tendida en el suelo [...]".

En 1865, María escribió una hermosa carta a su amiga Sofía von Angelini. En esta carta expresó su íntimo amor por el Niño Jesús:

*“Alabado sea Jesucristo. ¡Querida hermana en Cristo!*

*Se acerca la Navidad y está por empezar otro Año Nuevo, por lo que hoy quiero escribirle, mi querida hermana, deseándole lo mejor y un Feliz Año Nuevo. El predilecto Jesús debe renacer en su corazón y otorgarle sus gracias; ciertamente valdrá el amor que Usted ha sentido por el Niño Jesús, y así él extenderá sus pequeñas manos para bendecirle. Qué dulce misterio, qué gloriosa devoción es la veneración de la santa infancia de Jesús; como bebé quiso nacer para que nos fuera más fácil confiar en Él y amarlo. Debemos tomarlo como ejemplo en cada situación de la vida y amarlo. No hay nada grave o severo en el pesebre. Todo rezuma dulzura, amabilidad y amor. Vayamos al pesebre, tomemos a Jesús en brazos, estrechémoslo y pidámosle que comparta con nosotros la llama de su amor. ¿Qué puedo desearte mejor que amar a Jesús?*

*Si lo posee, no hay nada más que desear. Donde está Jesús, allí está el cielo. Él satisface el deseo del corazón, lejos de Él, el alma sólo puede suspirar, llorar y estar en duelo. Por lo tanto, revivamos también en estos días de Navidad el espíritu del pesebre y escuchemos con santa reverencia las divinas enseñanzas que el Niño Jesús nos da. Nos dice que debemos amar a Dios con todas nuestras fuerzas porque Jesús, nuestro modelo celestial, fue quien más amó estas virtudes.*

*Nos encontramos de nuevo, mi querida hermana, al pesebre. Impregnadas por esta oración de Navidad, deseamos también comenzar el Año Nuevo para la gloria de Dios. Cada año, el Señor misericordioso nos concede muchas gracias y nos da tiempo para amarle y conocerle mejor, para que podamos amarle y servirle y alcanzar un día la felicidad eterna. Le aseguro que recordaré al Señor sus peticiones.*

*Fray Simón le saluda y hace suyos mis buenos deseos. También le saludo en nombre de Bertha Posch. ¿Qué hace el Niño Jesús, que le he dado? Por favor, rece por mí. Ahora debo concluir, tenga cuidado, aunque esté lejos de mí. Le saludo por el Sagrado Corazón de Jesús y María, su hermana.*

*Maria Moerl, Caldaro, 22 de diciembre de 1865”*

Para Navidad, María escribió lo siguiente a su hermana espiritual Bertha Prankh: *“Para que [las felicitaciones] te alegren un poco, las pongo todas en el pesebre donde descansa el Divino Niño en toda su belleza. Que Jesús, el amado Niño Jesús, con sus manos llenas, envíe sus gracias sobre Usted y levante su lugar de descanso para siempre en su fiel corazón. Que cierre el año, que está por terminar, con ricas bendiciones y que enriquezca el nuevo año con toda gracia y misericordia, para que cada día le envuelva en una nueva bendición.*

*Oh, seguramente el querido Divino Niño mirará con profundo amor a todos los que rodean su cuna con espíritus afines. Y que entre éstos Usted, buena Bertha, es ciertamente una de ellos, lo demuestra su buen corazón, y cuando este Niño le mira con amor, entonces no sólo no le falta nada, sino que todo deseo de su corazón unido a Él será plenamente satisfecho [...]”*.

Escribió a la Madre Clara Fey,[[47]](#footnote-47) que a María le regaló una imagen del Niño Jesús el día de su onomástica, el 5 de agosto de 1860: *“Le agradezco mucho este regalo, y cada vez que nos dirijamos al Niño Jesús nos acordaremos de Usted, como Usted quería, y, al ver al verdadero Niño Jesús, le voy a suplicar, rezando por Usted y por su comunidad. ¡Oh, qué sorpresa y qué consuelo para nosotros ver a nuestro gran Dios como un niño pequeño e indefenso por amor a nosotros! ¡Qué alegre y tierna confianza inspira en nuestros corazones! Querida hermana, Usted me preguntó si Jesús vive en el corazón que lleva el deseo de Él y lo recibe a menudo en la Santa Comunión. Puedo consolarla en la medida en que el Señor me da luz. El querido Dios da todos sus dones y gracias a los que se lo piden, en la forma en que lo piden, y se entrega cada vez más a ellos y permanece con su gracia en los corazones de los que tienen un mayor deseo de Él. Es también el caso de la vida de Santa Catalina de Siena, que a veces creía que el Señor estaba lejos y se sentía desolada y vacía ante Él. Pero cuando, al encontrarlo, le preguntó dónde estaría, Él le respondió: "[...] en tu corazón". Sí, querida hermana, nuestro amado esposo no puede ser superado en Su amor [...]. Siempre da más de lo que uno se atreve a pedir [...]”*.

En la Navidad de 1866, María escribió a la Madre Clara: *“Se acerca la hermosa y santa Navidad, en la que Usted, querida Madre Clara, con sus hijas y sus niños, celebran la fiesta principal de su Orden y preparan el pequeño pesebre para el pobre Niño Jesús, consolándolo y ayudándolo en su humildad y debilidad. Quisiera enviaros muchos buenos deseos para esta santa fiesta, pero en el deseo de que el querido Hijo divino quiera encenderos en su amor están contenidos todos los deseos del cielo y de la tierra.*

*Amar a Dios de verdad, ¡qué más se puede pedir en la tierra y qué más en el cielo! [...]. Queremos rezar al pequeño Niño por los Sagrados Corazones de María y José para que acelere el triunfo de la Iglesia, proteja al amado Santo Padre y destruya los ataques de sus enemigos y convierta a los pobres cegados por los pecados [...]”*.

***La Eucaristía***

Entre las primeras oraciones que San Francisco de Asís recomendó a sus hermanos se encuentra la oración de la cruz que dice: “Te adoramos, Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias que hay en todo el mundo, y te bendecimos, porque por tu santa Cruz has redimido al mundo”.

Para San Francisco cada iglesia que se visita, incluso la que se ve a lo lejos, donde el cuerpo de Jesús está presente en la Eucaristía, es una invitación a la oración. La fe del santo trasciende los límites de cada iglesia. Le gusta pensar en su Señor y Redentor que está presente en todas las iglesias y capillas del mundo. En su mente Francisco peregrina por todas partes del mundo. Aquí y allá quiere adorar a Cristo en la Eucaristía y alabar la cruz de la salvación. Esta oración es una oración que abraza al mundo entero, incluye espíritualmente a todas las iglesias del mundo para adorar al Señor en la Eucaristía. Al igual que Cristo redimió al mundo entero con su cruz, este mismo Cristo está presente en las iglesias del mundo entero donde está la Eucaristía, donde es adorada y celebrada.

Esta actitud también la adoptó María von Moerl, que también por esta razón es hija espiritual del “Pobrecillo de Asís”. De su breve biografía (KSL) se desprende lo siguiente sobre su relación con la Santa Eucaristía: “El secreto del altar es y seguirá siendo siempre el principal imán que atrae a la buena María. Ella ve a Cristo en este misterio entre imágenes vivas, tanto cuando ella misma lo recibe como cuando se le expone para ser adorado. Desde la Navidad, por ejemplo, hasta la purificación de la Virgen María, ella ve a Cristo en la hostia como un Niño pequeño, luego hasta la Cuaresma como un Joven, desde allí hasta la Pascua lo ve colgado en la cruz, y esta idea está, como siempre, acompañada desde la Pascua hasta la Ascensión por las heridas y el cuerpo transfigurado.

En este sacramento, María encuentra la alegría y la felicidad. A menudo expresa palabras de íntima reserva y amor al Dios sacramental cuando sólo están presentes sus confesores. Indescriptible es el regocijo en su rostro cuando este Sacramento se expone para la adoración que dura desde diez hasta cuarenta horas, y dice: “*Dejadme ir hoy, hoy no puedo quedarme hasta que mi Padre (se refiere a Jesús en la Eucaristía) sea repuesto; incluso mi ángel de la guarda se enfurecería si le hiciera adorar solo en la Iglesia'.* A solas, no sólo en un lugar, sino en otros lugares al mismo tiempo, adora al Santísimo Sacramento, como los sacrificios de la Santa Misa. Esto lo hace siempre en compañía de su santo ángel de la guarda, al que envía a su antojo a adorar a Jesús'.[[48]](#footnote-48)

En el calendario de Bonifacio, un calendario alemán, se recoge el siguiente episodio: “El inmenso amor de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar, fue el comienzo de su éxtasis, aún hoy es mucho más vivo el día de su comunión cuando se la da su confesor con el permiso del Príncipe-Obispo de Trento varias veces a la semana. También permitía la Santa Misa dos veces por semana en su habitación para darle la comunión. Esos días se levanta de su cama para prepararse, apoyándose sólo en las puntas de los pies, como si quisiera levantarse para encontrarse con su amado. Ella lo recibe, arrodillada, y permanece de rodillas durante toda su acción de gracias. El 5 de agosto de 1834, día en el que uno de sus hermanos celebró su primera Misa como capuchino, estuvo en gran éxtasis, completamente erguida en su cama, todo el día con los brazos abiertos. Ella misma se dio cuenta y participó en todas las santas Misas celebradas en las iglesias de Caldaro, incluso en diferentes momentos”.[[49]](#footnote-49)

“El sacrificio de la Santa Misa es su contemplación diaria durante varias horas. Ella ve la acción no sólo de un sacerdote u otro, sino de miles de sacerdotes a la vez, y esto no sólo cuando, inconsciente, reza, sino también cuando vuelve en sí. En general, quiero señalar que esta oración interior perdura, día y noche; esté o no en sus sentidos, sufra o no convulsiones o dolores. Sólo el grado de intimidad es diferente, es mayor si no sufre dolor y no es consciente. Sí, participa no sólo en las Santas Misas, sino también en otras fiestas, actos eclesiásticos, como la homilía, el rosario, etc.”.[[50]](#footnote-50)

***La Cruz***

San Francisco de Asís recitó la siguiente oración antes de recibir los estigmas en el monte La Verna, hacia el 17 de septiembre de 1224: “Señor mío Jesucristo, dos gracias te ruego que me des antes de morir: La primera es que en mi vida pueda sentir en mi alma y en mi cuerpo, en la medida de lo posible, aquel dolor que tú, dulce Jesús, soportaste en la hora de tu más amarga Pasión; la segunda es que pueda sentir en mi corazón, en la medida de lo posible, aquel amor desmedido con el que tú, Hijo de Dios, fuiste capaz de soportar voluntariamente tanta pasión por nosotros, los pecadores”.[[51]](#footnote-51)

En junio de 1860, María von Moerl escribió a la madre Clara Fey en Aquisgrán: *“[...] Sin embargo, también estoy satisfecha con mi dura vida y doy gracias a Dios cada día por haberme concedido la gracia de ser su indigna esposa entre sus esposas […] Para poder acercarme al Sagrario día tras día. ¡Poder estar en el estado de esta gran gracia! ¿Es por nosotros que nos permite participar en su cruz, enviándonos partículas a veces más pequeñas, a veces más grandes, porque la cruz es la puerta real, el templo de la santidad? Oh sí, es este estado de la cruz y la pasión que nos hace ser como nuestro Esposo. ¡Qué bendición tenemos! Si pudiéramos vivir siempre con Jesús crucificado”.*

En una carta dirigida a Clara Bertha Prankh en Gars/Inn, fechada el 25 de mayo de 1860, María escribió lo siguiente: *“Vean, igual que esto, todo el resto del mundo se acabará pronto y no tendremos más que lo que hemos adquirido a base de cruces y batallas. Por tanto, suframos y perseveremos en el sufrimiento, como dice San Francisco de Asís: ‘La cruz y el sufrimiento de este mundo son pequeños y breves, pero la victoria, la gloria es eterna e incomprensible’, y continúa: ‘¡Hagamos el bien, tenemos tiempo! Sigamos a Jesús, nuestro modelo y maestro. [...] ¡Cómo alegraremos al divino Esposo! Querida joven [...] como espero verte pronto en persona, voy a terminar, pidiendo tu devota oración, como te aseguro que yo también rezaré”.*

El 24 de octubre de 1860 escribió a una hermana espiritual de Gars: *“¡Querida Luisa! La cruz y el sufrimiento no te faltarán en esta vida terrenal, como no me faltarán a mí, pero consuélate y regocíjate de que el dulce Padre celestial nos honra considerándonos como su divino Hijo, nuestro único y verdadero ejemplo”.*

El 30 de enero de 1867, un año antes de su muerte, escribió a Luisa en Gars: *“El corazón de Jesús pone sobre mí toda clase de cruces, que a menudo me parecen pesadas, pero viendo que Jesús lleva la cruz, y considerando cuánta deshonra e insulto se hace al Corazón divino en esta época de carnaval, quisiera unirme al divino Salvador [...]”.*

Uno de los testimonios más impresionantes se encuentra en el diario del beato Adolfo Kolping (1813-1865). En 1841 fue al Tirol como estudiante de teología. El 9 de septiembre, visita a María von Moerl con otros estudiantes y describe su sufrimiento:

“Han llegado varios clérigos y un número considerable de extranjeros de las clases altas. También había venido mucha gente del campo y de los alrededores para ver la Pasión de María y poder gozar de ella. Nos llevaron a su habitación. María estaba en la misma posición que por la mañana, lo que una persona normal no habría podido hacer ni siquiera durante unos minutos; sus rasgos habían adoptado una expresión de profunda tristeza. Sus grandes ojos parecían llorar hacia el cielo, sus manos estaban fuertemente cerradas, su boca estaba como consumida, su nariz más puntiaguda; como el rostro de un moribundo, torturado hasta la muerte por una tortura indecible, así era el rostro de María. Era una figura verdaderamente desdichada, las llagas de sus manos parecían ponerse más rojas que en la mañana, pero no sangraban. Como testigo presencial doy fe de que estas llagas son verdadera, y claramente visibles en sus manos.

Cuánto más mirábamos sus rasgos que estaban desapareciendo, más aumentaba el dolor. De repente respiró profundamente, lo que no suele ser algo audible, un ligero temblor la asaltó, su boca se movió en silencio y se abrió: estaba seca y parecía pedir algo de beber. Su laringe se movía, luego una pequeña y silenciosa pausa; pero pronto un enorme dolor pareció atravesar sus miembros e hizo que sus manos cruzadas cayeran sobre sus rodillas; permaneció así durante un rato mientras su cabeza se inclinaba ligeramente hacia atrás. Parecía susurrar en voz baja, pero la muerte era visible en su rostro. Este estado duró un rato, la gente estaba callada y preocupada, la mayoría temblaba, mi corazón latía con fuerza, la gente pensaba que iba a morir con ella.

El campanario de la iglesia anunció las tres de la tarde, el respiro volvió, suavemente y en las mismas fases que el estertor de un hombre en su última hora, un dolor enorme la sacudió, sus manos apretadas se apretaron aún más, dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció rígida e inmóvil en esta posición durante un rato, luego se hundió de repente en su cama y extendió los brazos, como si estuviera crucificada. No se veía ni la más mínima señal de vida, parecía estar muerta.

Los presentes se estaban retirando, su sufrimiento llegaba a su fin. Nos quedamos un rato mirando a María y sintiendo un dolor silencioso. ¡Oh, nunca quise separarme de ella! Todo mi interior había sufrido una transformación, mi mente aún lo procesaba todo. El sudor que había aparecido en su frente durante su pasión volvió a secarse. Luego se quedó allí hasta que su confesor la llamó por su nombre, después de lo cual volvió en sí, pero sólo a su confesor contó su historia [...]”.

**Dones sobrenaturales**

***Los éxtasis***

El término éxtasis deriva del griego *ekstasis* y traduce en sentido figurado la idea de un desplazamiento de la mente de su estado normal. El éxtasis también abarca estar fuera de uno mismo o salirse de uno mismo, entrar en un estado superior de conciencia hasta una experiencia de unión con lo divino.

En la biografía breve (abreviatura en alemán KSL), sección XI, leemos lo siguiente sobre Maria von Moerl: “Ahora, antes de contar sobre todas estas desagradables apariciones (posesiones demoníacas), quiero contaros algo agradable sobre nuestra María, porque ya está sucediendo ahora. […] En 1832, el 2 de febrero, María, como era frecuente, recibió el Santísimo Sacramento. En un instante y desde entonces cada día de comunión levantó las manos, abrió los ojos y tenía su rostro transfigurado. Ya no percibía nada del exterior, ya no sufría, y así permaneció durante doce, dieciséis horas o todo el día, hasta que fue llamada de nuevo a sí misma por la santa obediencia de su confesor [...].

Interrogada seriamente sobre lo que pasaba en ella en este estado de inconsciencia, admitió tímida y vergonzosamente: estaba bien; podía adorar a Dios vivamente y no había nada en todo el mundo que pudiera compararse a esta dulzura y belleza. A partir de entonces, el capellán local le permitió comulgar durante ocho días, ya que esto también hacía desaparecer los dolores físicos durante varias horas. Además, [...] le había comunicado que debía hacerlo en las fiestas en las que se tocaba música, se disparaba o se tocaba en lugares públicos, porque las convulsiones eran causadas principalmente por los sonidos de los disparos y la música [...]”.

Las actitudes que María asumía durante sus éxtasis también se describen en la Breve Biografía (secciones XX, XXI): “Pasaba estas noches rezando, de rodillas, tumbada boca abajo, apoyada en los dedos de los pies […].

“Otras posturas externas de oración son las siguientes: estar arrodillada sobre los codos y las rodillas con los pies levantados, en forma de cruz, las manos cruzadas y el rostro erguido, celestial, radiante; también, a menudo, se mantenía en la punta de los pies durante media hora o más. Desde Navidad hasta la Candelaria, a menudo, tenía los brazos cruzados en medio arco, como si sostuviera en ellos a un niño pequeño. En ese momento, reflexionaba sobre el pequeño niño Jesús, desde su nacimiento hasta su huida a Egipto, según el orden de las fiestas de la Iglesia. Sí, decía que muchas veces tenía en sus brazos al Divino Niño con su bendita Virgen Madre y que luego suspiraba como un infante cuando este querido objeto le era arrebatado”.

***Los estigmas***

Con motivo de la beatificación del Padre Pío, que llevó las llagas de Cristo durante cincuenta años, el Papa Juan Pablo II dijo: “Su cuerpo marcado por los estigmas mostraba la íntima conexión entre la muerte y la resurrección”.

La mística alemana Edith Stein escribió en el cuarto capítulo de su obra alemana “Kreuzwissenschaft” (“ciencia de la cruz”): “Ningún corazón humano ha entrado en una noche oscura como el del Hijo del Hombre en Getsemaní y Gólgota. Ningún espíritu humano indagador puede penetrar en el misterio insondable del abandono divino del Dios encarnado que muere. Sin embargo, Jesús puede dar a las almas elegidas una muestra de esta extrema amargura. Se trata de sus amigos más fieles, a ellos Él se lo pide la última prueba de su amor”. En este contexto puede ser entendida la explicación que Jesús dio a una mística italiana Teresa Musco (1943-1976) cuando ella se dio cuenta de la presencia de las llagas en su cuerpo: “Quiero que estés cerca de mí...”

Como ya se deduce de la historia del incrédulo apostol Tomás, los estigmas son un signo del Señor resucitado, que Dios quizá da como señal externa visible a quienes le pertenecen de manera especial. En la Carta a los Gálatas (6, 17) el apóstol San Pablo habla también de las marcas de Jesús en su cuerpo. Sin embargo, según la opinión de los exegetas, se trata de las cicatrices y heridas que le fueron infligidas durante su actividad apostólica y, por tanto, no son estigmas en el sentido clásico.

Cristo nos redimió en la cruz, pero su sacrificio de la cruz es representado en sentido sacramental cada día en todas las celebraciones eucarísticas que hay en todo el mundo. Cristo está ahora en la gloria del Padre, pero sigue sufriendo en los miembros de su Cuerpo místico, como bien dice el Apóstol San Pablo en la Carta a los Colosenses (1, 24): *“Me alegro de sufrir por vosotros. Así completo en mí lo que Cristo aún tiene que sufrir por el bien de su cuerpo, que es la iglesia”*. Estas palabras de San Pablo se aplican a todos los cristianos. Sin embargo, son de manera visible e invisible, particularmente verdaderas si aplicadas a las personas estigmatizadas (los estigmas de Catalina de Siena eran invisibles, por ejemplo).

“El sacrificio de Cristo tiene un valor infinito, pero su pasión tiene también un alcance global y llena el mapa de todos los continentes. Los estigmatizados son los confidentes más cercanos de Cristo en su Vía Crucis, que atraviesa todos los milenios. Ellos no son ni duplicados ni copias, más bien, sufren de manera creativa, son testigos vivos de que Dios se toma en serio la redención de la humanidad” (Arnold Guillet).

Desde San Francisco de Asís ha habido más de un centenar de personas que han recibido los estigmas. La Iglesia ha conmemorado los estigmas del Pobrecillo con una fiesta especial el 17 de septiembre. La oración dice: “Dios todopoderoso, cuando el mundo empezó a enfriarse, enviaste en Francisco una señal de tu amor y le diste los estigmas de tu Hijo. Se convirtió así en la imagen fiel del Cristo crucificado que redimió al mundo. Por su intercesión, haz que también nosotros, que hemos muerto con Cristo, participemos en su resurrección y seamos así una nueva creación”.

Desde que María había comenzado a estar casi siempre en éxtasis, contemplaba la Pasión y la muerte de Jesús con mayor frecuencia e intensidad. Varias veces cuando se arrodillaba durante mucho tiempo en su cama con los brazos extendidos sumida en un doloroso éxtasis, tenía las palmas de sus manos ligeramente cerradas, como si hubiera algo en ellas. También decía de sentir dolor en las manos y los pies. En otoño de 1833, su confesor descubrió por casualidad que se había formado un hueco en la superficie interna de sus manos.

En su carta de julio de 1836 al Vicario General de la Diócesis de Trento, fray Capistrán escribió sobre los estigmas de María von Moerl: “Lleva los estigmas en ambas manos, en ambos pies y en el costado, que una vez hice que me mostrara por obediencia y con toda modestia [...]. En sus manos las veo todos los días, y en sus pies las he visto a menudo en la parte superior, incluso sangrando y manchando sus medias.

Los estigmas aparecieron por primera vez en 1834, en los primeros días de febrero, en la palma de la mano y en la parte superior de los pies; en el dorso de las manos aparecieron, también en 1834, en la fiesta de Juan Evangelista durante la Misa en la iglesia parroquial después del almuerzo, cuando estaba tendida en el suelo en éxtasis, si no en un *rapto* en el sentido estricto de la palabra,[[52]](#footnote-52) como si fuera Cristo crucificado. Debido a este éxtasis se podían ver todas las heridas sangrantes de sus manos. Que los estigmas aparecieron en sus pies, no puedo asegurarlo personalmente: sé de ella que los tiene en sus pies. Le dije que lo confesara, prometiendo no comprobar si los tenía o no. Ella respondió: 'Sí, una vez sangraron mucho y el sudor que llega a tocarlas quema'.

Estas llagas comenzaban en las manos casi en el ángulo del pulgar y continuaban en la palma hacia los dedos. Si hubieran estado abiertos habrían tenido esta longitud: ------------------ (2, 5 cm). Lo mismo ocurre con el dorso de las manos. No podía hacer libremente esta observación de pie, ni quería hacerlo intencionadamente. Estas heridas nunca se abren del todo, ni siquiera cuando sangran una vez a la semana, es decir, los jueves por la noche durante la oración en el Monte de los Olivos (también en fiestas especiales, días de comunión). Sólo una cuarta parte, un tercio o la mitad está abierta; el resto parece ser una herida bien curada. Excepto cuando sangran, estas llagas en las manos y los pies están algo contraídas por fuera y tienen una ligera costra, pero en la palma de la mano siempre permanecen abiertas y son tan grandes que en ellas se podría meter un guisante.

Además, las aberturas se caracterizan por unas pocas líneas profundas en ambos lados, tal y como aparecen a la vista. La cantidad de sangre es poca, sólo unas gotas resbalan hasta la cama y ensucian las medias [...]. Me gustaría añadir a esta pobre descripción de los estigmas, que se puede ver un simple bulto (hinchazón) en estas partes, sin ninguna inflamación. Nunca he visto el detalle del momento de la apertura de los estigmas, sólo sé que ella sentía más dolor antes de la apertura que después”.

Otro informe nos llegó de una persona desconocida: “Hacia finales de 1833, el confesor observó una cavidad en las palmas de las manos de María y, al preguntarle por ella, se enteró de que estas partes le causaban a menudo fuertes dolores y calambres. El 4 de febrero de 1834, la encontró cubierta con un paño con gotas de sangre, ocultando sus manos, le preguntó el porqué, y María le contestó que no sabía a ciencia cierta lo que le había pasado.

Y, en efecto, los estigmas de los que manaba la sangre estaban allí, de forma circular, o más bien ovalada y alargada [...] y sólo en el interior de las manos y en la parte superior de los pies. Al mismo tiempo, también se había formado una herida lateral. El día de la fiesta de San Juan Evangelista, el 27 de diciembre, el mismo año de 1834, mientras se celebraban las vísperas en la iglesia parroquial, los estigmas aparecieron también en el exterior de las manos y en el interior de los pies. Desde la aparición de la primera llaga, cada jueves por la noche, cuando presenciaba la agonía del Dios encarnado en el Monte de los Olivos, y en algunos días de fiesta, salían unas gotas de sangre de las cinco heridas. Sin embargo, los días restantes de la semana, estaban cubiertos por una cicatriz color rojizo muy bonito sin signos de inflamación o hinchazón.

María ocultaba estos signos de todas las maneras posibles, e incluso el confesor no quiso revelarlos: fue Dios mismo quien los mostraba a la gente. En efecto, un día, estando presente una gran multitud, el éxtasis ordinario se transformó repentinamente en éxtasis jubiloso y María, como un ángel gozoso, se elevó hasta el punto de tocar el lecho sólo con las puntas exteriores de los dedos de los pies, y así permaneció con los brazos largos y extendidos, en el más alto grado de felicidad: flotaba en el lecho y todos los presentes pudieron así ver los estigmas en sus manos”.

En 1839, el juez Johann Sebastian Stöckl observó lo siguiente: “Los estigmas de sus hermosas y deslumbrantes manos blancas, que trata de ocultar modestamente, son claramente visibles, como una cicatriz incrustada sobre una pequeña herida. Aun a riesgo de que se rían de mí, debo confesar que este fenómeno, aunque lo he visto y observado decenas de veces, sigue pareciéndome muy impresionante y todavía no he conocido a nadie que no se haya sentido especialmente impresionado por él”.

“Los estigmas en las manos de Maria von Moerl (no hay engaño sobre este hecho) son la consecuencia de años de continua contemplación religiosa y contemplación de la pasión y muerte de Jesucristo. Hay testimonios creíbles de casos similares y aún más extraordinarios de San Francisco, Santa Teresa y otros”.[[53]](#footnote-53)

El calendario berlinés de Bonifacio de 1869 contiene la siguiente anotación sobre las heridas de María von Moerl: “Un amor tan vivo y penetrante no podía quedar sin una prueba aún más rara de la gracia de parte de la persona amada; ella recibió las sagradas heridas en las que se encuentra la maravilla del milagro de una unión indecible y la réplica más misteriosa de Jesucristo, cuya sangre sangra en ella. Estas llagas no pueden ser observadas tan fácilmente porque son cuidadosamente ocultadas por la persona en éxtasis. Y, de hecho, suelen estar ocultas bajo las mangas que llegan hasta los dedos, y más aún por las manos constantemente cruzadas, de modo que, para verlas, hay que esperar una buena oportunidad; sólo a veces pueden vislumbrarse, por ejemplo, cuando abre las manos y extiende los brazos [...].

Según los principios y las experiencias de los más grandes maestros de la Iglesia, ésta es una de las mayores gracias que Dios concede sólo a los más perfectos y a las almas que se dedican con especial devoción a la contemplación de la Pasión del Señor. Además de los excelentes ejemplos de San Francisco de Asís, Santa Teresa y Santa Catalina de Siena, las historias de los Santos nos hablan de otros casos de siervos y siervas de Dios marcados por estas venerables llagas.

Dios ya imprimió en la creación del hombre el sello divino de su imagen: la inocencia y la santidad original del alma. Sin embargo, después de que este sello fuese roto por el pecado, el Hijo de Dios, que en su amor se hizo igual al hombre, por un secreto milagroso de su amor dio al hombre una nueva impresión de su imagen, a saber, los sufrimientos y las heridas de su propia crucifixión. Por eso, el divino Esposo – después de haberla dejado morir hasta cierto punto por compasión, por el temor de su amor y el dolor de su muerte – dio a su divina esposa un sello y un signo, impreso en su corazón y en sus manos, representando en ella la imagen de Cristo crucificado a la cual ella misma está crucificada.

“Jesucristo – dice San Ambrosio – os ha marcado con su sello [...] para que os asemejéis a él incluso en el dolor”.[[54]](#footnote-54)

Leemos sobre la desaparición de los estigmas en las notas del fray Gaudentius Guggenbichler O.F.M.:[[55]](#footnote-55) “Los cinco estigmas de las manos, los pies y el costado habían desaparecido completamente unos días antes de su muerte, de modo que no se veía ni una sola llaga en las manos; pero en el centro de la mano, la piel permanecía marcada y cerosa. La buena María, como dijo su confesor, pidió muchas veces al Señor que le quitara los estigmas antes de su muerte, para que no fueran vistos por todos. No sólo los habitantes de Caldaro pudieron ver el cuerpo de María, sino también muchos creyentes de los pueblos vecinos y de Bolzano (Boezen)”.[[56]](#footnote-56)

Durante años, Maria von Moerl vivía y revivía la Pasión de Jesús sufriendo cada jueves y viernes. Ella misma observó lo siguiente: *“No puedo ver sufrir a un pollito, pero debo ver morir a mi Salvador cada semana”.* Durante 34 años la Sierva de Dios llevó los estigmas, sufrió con Cristo, con la Iglesia y por la Iglesia y el mundo. Los estigmas de Jesús desaparecieron poco antes de su muerte y murió exactamente cien años antes que el Padre Pío, cuyas heridas desaparecieron al final de su vida. Parece que estos hechos nos quieren decir que la misión de estos santos ya está cumplida. Maria von Moerl era, en efecto, un crucifijo viviente para la gente de la época, como afirma Joseph von Görres en uno de sus informes.

***El don de profecía y el de leer los corazones***

Maria von Moerl era consciente de cosas lejanas en el tiempo o en el espacio. Ya de pequeña se enteró de la prematura muerte de su madre y también fue consciente de la inminente muerte de su fray Capistrán. Tras la muerte de su querida hermana Johanna, Dios le hizo ver que ella ya había entrado en la gloria eterna. También profetizó la muerte inminente de la baronesa Dipauli y la muerte repentina de un joven pariente de Appiano.

Alois Wohlgemuth, que había sido gestor del patrimonio de la familia durante varios años, fue llamado por María para que viniera a Innsbruck lo antes posible, porque su hermano enfermo iba a morir pronto y necesitaba su ayuda para resolver algunas cosas, así como para poner su alma en paz antes de su muerte. El 31 de julio, Wohlgemuth llegó a Innsbruck. El enfermo estaba profundamente afectado por la enfermedad. Resolvió sus asuntos seculares y espirituales y murió el 1 de agosto, con el sacramento de la Iglesia.

María le dijo una vez a su padre espiritual que moriría cuando todo se cubriera de blanco, es decir, en invierno. “Cuando se había mudado a su apartamento en el convento, había encontrado una joven higuera bajo su ventana. Si la pequeña higuera hubiera sido un día lo suficientemente grande como para dar frutos en su ventana, su última hora no habría estado lejos. Y así fue: el arbolito creció 26 años hasta llegar a la ventana, anunciando su último verano”.[[57]](#footnote-57)

María no sólo predecía el futuro, sino que también pudo leer en los corazones de las personas. Una vez, un visitante observó una pequeña bolsa bajo su almohada en su habitación, y pensó: “Ah, una persona tan religiosa que tiene dinero bajo su almohada...”. Cuando María volvió del éxtasis como de costumbre, sacó inmediatamente la bolsa que tenía debajo de la almohada y se la mostró al visitante: ¡no había monedas, sino reliquias!

Un día, un pirómano andaba suelto por Caldaro y María le pidió al padre Capistrán que avisara a la potencial víctima de que su granero estaba en peligro y que pusiera un guardia para que lo cuidase. De hecho, las llamas alcanzaron el granero a las 7 de la tarde y fue posible extinguir el fuego rápidamente gracias a la presencia del guardia.

Otra historia que ha llegado hasta nosotros cuenta: “Un día de otoño, Guido, hijo del famoso Görres, llegó a Caldaro con un sacerdote de Renania. Había varias personas en la sala y comenzó a repartir estampas a todos los presentes, como era su costumbre. El sacerdote renano ya había recibido dos, y se le ocurrió llevar un recuerdo a un ser querido. María comprendió y volvió a coger las estampas y eligió una tercera para el señor, y ¡he aquí! Era el que tenía representado el santo patrón del sacerdote, pero nadie le había dicho su nombre de bautismo”.[[58]](#footnote-58)

María también conocía el destino de los difuntos y en una ocasión informó a los padres de la repentina muerte de su hijo, que había sido estudiante de la Universidad de Pavía y gran nadador. Un día, por alguna razón inexplicable, se ahogó en el río Po. La muerte de su hijo sumió a los padres en la depresión por dos razones: en primer lugar, su pérdida repentina y, en segundo lugar, la preocupación por la salvación de su alma. En su dolor se dirigieron a Maria von Moerl, que rezó mucho y por mucho tiempo y consoló a los padres: su hijo se había salvado, pero aún hacía falta rezar por él.

Un estudiante de teología fue expulsado del seminario mayor de Bressanone (Brixen) por una travesura y el joven, que había hecho la travesura más por imprudencia que por maldad, acudió a María llorando. Ella le animó y le aconsejó que pidiera la admisión en los franciscanos. El Provincial admitió al arrepentido y con el tiempo se descubrió que tenía una profunda vocación a la vida religiosa.

María von Moerl también ayudó a la estigmatizada tirolesa Clara Steiner. Ésta ya de joven se sentía llamada a la vida religiosa, sin embargo, tanto su familia como su padre espiritual estaban en contra suya y por eso envió una carta a Maria von Moerl. María reconoció la autenticidad de su vocación y prometió acompañarla en la oración. La animó también a recarse a Asís, donde más tarde hizo sus votos en 1841 en el monasterio de clarisas capuchinas. La mística Clara reformó más tarde un monasterio en Perusa y otro en Nocera Umbra, creando una regla más indulgente que fue reconocida por los superiores. Su proceso de beatificación comenzó en 1909.

**La vocación de expiación**

María von Moerl recibió de Dios también una vocación de *expiación*. El cardenal František Tomašek de Praga (1899-1992) resumió el significado de este término: “Quien trabaja para la Iglesia hace mucho. El que reza por la Iglesia hace más. El que sufre por la Iglesia es el que hace lo máximo”.

Cuando hablamos de expiación, es importante mirar primero a Cristo. Es el Cordero de Dios que tomó sobre sí el pecado del mundo. Juan el Bautista se refirió a *Él* en el Jordán. El Hijo de Dios, por amor infinito hacia nosotros, los seres humanos, tomó sobre sí la suerte de un pecador y llevó en sí mismo en la cruz las consecuencias del pecado, es decir, de nuestro alejamiento de Dios. A cambio de esto, a nosotros nos ofrece la reconciliación con Dios. No tenemos que redimirnos a nosotros mismos, sino sólo aceptar que somos redimidos por el sacrificio de Cristo en la cruz. No tenemos que salvarnos a nosotros mismos, sino sólo aceptar la salvación que nuestro Salvador en la cruz mereció para todos nosotros.

Cuando se trata de expiación que hace una persona, se quiere hablar de su deseo de defender a otros que están lejos de Dios, que no lo conocen o se han alejado de Él. La expiación por los demás es una constante en la vida de Maria von Moerl. Sus estigmas son un signo tangible de ello. Las personas que expían por los demás expresan en su vida, en cierta medida, el amor infinito de Cristo con que Él nos amó primero a todos nosotros. Maria von Moerl, en oración ante Dios, soportó con amor sus sufrimientos físicos y mentales. Su expiación nacía de su amor sacrificial por todos los que no amaban a Dios.

¿No ha sido ésta también la misma invitación que el Cielo dirigió a los niños, videntes de Fátima, para que entraran en una relación profunda con el sacrificio de Cristo? Este deseo de reconciliación implica una actitud desprovista de todo cálculo y una gran ingenuidad que es propia del corazón de un niño. Esta actitud la experimentó sin duda la Extática de Caldaro en su camino hacia la Pasión.

¡Cuántas personas le transmitieron sus preocupaciones a María von Moerl durante sus visitas y en sus cartas! Siempre tuvo un oído y un corazón abiertos para las necesidades de todas las personas. Tomó para sí todo, lo entregó a Dios y sufrió. Es un hecho que a menudo ella se ofrecía al Señor como sacrificio de expiación por los pecadores.

**Testimonios**

**José von Görres**, conocido en su época como experto en mística cristiana, se presentó como testigo presencial del éxtasis de la Pasión de María de la siguiente manera: “El éxtasis comenzó ya el viernes por la mañana y, a medida que se hacía más doloroso y conmovedor, los rasgos de María también se hacían más profundos y reconocibles, hasta que se acercaba la hora de la muerte en la cruz y el dolor se sentía en el interior, en profundidad, y en el exterior, la muerte se mostraba con todos sus rasgos. Cuando entonces cruzaba las manos frente a su pecho y se arrodillaba en su cama, fue como si las sombras de la muerte la siguiesen envolviendo poco a poco rodeando su alma hasta transfigurarla por completo. Pálida, como aparecía durante todo este proceso, uno la podía ver volverse siempre más y más pálida; mientras los escalofríos de la muerte atravesaban aún más sus huesos y la vida, que se estaba hundiendo, se oscurecía.

Las respiraciones entrecortadas que salían de su pecho anunciaban la creciente angustia, de sus ojos, cada vez más fijos, caían lentamente las lágrimas resbalando por sus mejillas. Unos leves jadeos la sacudían. Al principio sólo parcialmente, luego poco a poco su boca se estaba abriendo más y más. Mientras tanto, esa respiración dificultosa se convertía en un lamento agónico que salía de su pecho oprimido. Las mejillas eran de color rojo oscuro, la lengua más gruesa parecía estar pegada al paladar, las convulsiones eran cada vez más intensas y fuertes. Las manos cruzadas en el pecho, que al principio habían bajado imperceptiblemente, se deslizaban más rápidamente, las uñas empezaban a ponerse moradas, los dedos se encastraban entre sí. Entonces se oía un resuello en la garganta; la respiración, cada vez más dolorosa, sólo salía con dificultad del pecho rodeado de vendas de hierro, los rasgos cambiaban hasta hacerse irreconocibles, la boca, en este cuadro de sufrimiento, se había abierto ahora de par en par, la nariz era puntiaguda, los ojos fijos parecían sobresalir, en largos momentos de pausa aún se percibían algunas respiraciones vacilantes a través de los órganos hechos rígidos.

Al final era como si estuviera a punto de respirar por última vez; entonces su rostro se inclinaba, y su cabeza, marcada con todos los signos de la muerte, se hundía en total agotamiento. Durante un minuto y medio todo permanecía en esta posición, luego su cabeza se levantaba y sus manos se alzaban frente a su pecho. Se arrodillaba, se calmaba, abría los ojos al cielo y ofrecía su oración interior de agradecimiento”.[[59]](#footnote-59)

**Adolfo Kolping**, antes de visitar a Dominga Lazzeri en Capriana, el 27 de septiembre de 1841, visitó a Maria von Moerl, el 9 de septiembre de 1841. En su diario se puede leer: “Anoche ambos estudiantes visitaron a la famosa Maria von Moerl justo antes de entrar en la posada. Ellos y otras personas del pueblo nos hablaron acerca de su estado y situación. Esta mañana hemos ido juntos al convento franciscano, hemos asistido a la Misa en la hermosa iglesia y hemos visitado a fray Capistrán, al que se dirigieron los otros dos estudiantes. Obtuvimos permiso para ir a la casa a las 7:30. Mientras tanto, visitamos los hermosos alrededores del pueblo. Parecía que había pasado mucho tiempo antes de que pudiéramos ver el milagro vivo de la gracia, aunque finalmente llegó el momento. Hay una carnicería en la planta baja. Mi corazón latía con fuerza mientras subía esa escalera oscura y angosta. Esperamos un rato en la puerta del pasillo superior, luego la abrieron y fray Capistrán nos llevó ante la famosa Santa de Caldaro, como la llaman los tiroleses.

María estaba sentada, o más bien apoyada en la cama sobre sus rodillas, su posición era bastante erguida; mantenía la mirada dirigida al cielo sin parpadear. Tenía las manos cruzadas bajo la barbilla. La expresión de su cara, de la que se podía percibir un dolor infinito, era indescriptible. A primera vista, uno tenía la impresión de ver una estatua de cera, pero ¿qué artista haría un rostro así, con esos rasgos, con esa mirada? Apenas se notaba que el cuerpo se movía, que estaba vivo.

Desde anoche, jueves, contempla la Pasión del Redentor, pero no se limita a mirar, sino que sufre con Él, como sugieren sus rasgos de sufrimiento. No sabe ni siente nada de lo que ocurre a su alrededor, está en constante éxtasis. La impresión que causa en la persona que la ve por primera vez sólo se puede sentir, pero no describir. Te gustaría llorar, pero no puedes, te gustaría sufrir con ella, pero no tienes capacidad, no sabes dónde está la salida o la entrada. El corazón se conmueve y no encuentra palabras para sus sentimientos, mira y se pierde en la dolorosa contemplación. El aspecto exterior de María no es en absoluto repulsivo, su ropa es limpia y blanca, su pelo largo y suelto sobre el hombro. En su habitación hay un altar, donde algunos días se celebra la Misa.

Casi siempre hay un sacerdote, fray Capistrán es su padre confesor, no habla mucho de su vida interior por el momento, a los de fuera no les dice nada. Nuestra visita duró sólo unos minutos, luego nos separamos porque iríamos a verla por la tarde, a las 2:30 pm, cuando contemplaría la muerte del Salvador. Totalmente conmovido y con un sentimiento interior de opresión, me despedí de la bendita. Dudar de su credibilidad es una locura más presuntuosa. Los superiores eclesiásticos y seculares han expresado su juicio, y uno puede acercarse a ella sin tener ninguna duda al respecto [...].

Nos separamos muy pronto, pero no puedo describir lo que sentía mi corazón. Sí, yo también puedo decir que he visto a una santa. Y si su cercanía también tiene un efecto beneficioso para los demás, creo que no la he visitado en vano y creo que he experimentado su pasión no sólo superficialmente”.[[60]](#footnote-60)

**Clemens Brentano**, el biógrafo de Santa Ana Catalina Emmerick (1774-1824)[[61]](#footnote-61) compara a María von Moerl con Ana Catalina: “El 11 de septiembre (1835) nos dirigimos al encantador pueblo de Caldaro. Aquí vive la joven María von Moerl, de 23 años, una criatura querida, piadosa y elegida que no ha comido durante cuatro años,[[62]](#footnote-62) arrodillada en constante éxtasis, adorando y contemplando, desde un año estigmatizada, con llagas abiertas y sangrando, igual que la beata Emmerick. Es taciturna como los obedientes. Dios le ordenó pedirle a su confesor que, bajo la obediencia espiritual, le impusiera no hablar con nadie más que con Dios, y aun así que sólo hablara de lo esencial, es decir, para confesarse y dijera [al confesor] lo que Dios quería que le dijese. Desde que se dio esa orden está muda; le es imposible decir una palabra a sus hermanos, a nadie; se comunica con signos.

Está de noche y de día arrodillada en la cama, con las manos extendidas o plegadas, congelada en el éxtasis, en una posición tan inclinada que una persona en estado normal caería de bruces sobre su cara. Está tan maravillosamente extendida que parece ser muy alta, pero en realidad es pequeña. Sus ojos están abiertos y vacíos, las moscas vuelan sobre su pupila, pero los ojos no parpadean. Es como una imagen de cera y su aspecto es impresionante. De vez en cuando su confesor le ordena que se acueste e inmediatamente, no sabemos exactamente cómo, se mete en su cama, acostada; al cabo de dos minutos se vuelve a arrodillar, como antes. La forma en que se eleva es bastante sorprendente; lo he visto varias veces, es como si espíritus invisibles la levantaran; el movimiento es tan rápido como un disparo que sale lentamente de una escopeta.

Esta contemplación y adoración perpetuas, con María arrodillada y extasiada, es impresionante, pero no asusta; cuando el sacerdote le ordena volver a su estado natural, al cabo de unos minutos es como la más dulce e inocente niña de siete años que se despierta en la cama rodeada de gente. Se esconde debajo de su manta hasta la nariz, mira a su alrededor, sonriendo tímidamente y en parte con temeridad, reparte estampas, es tan alegre y amable como la beata Emmerick. Parece estar muy animada y parece querer hablar, pero no puede. Su confesor, fray Capistrán, un franciscano del pueblo, es un hombre dulce y santo de mucha paz. No le pregunta nada; escribe lo que ella logra decir de vez en cuando. Pocas personas de este tipo tendrán jamás un guía tan digno. Cuando se les ve juntos, no se sabe cuál de los dos parece más santo...

La visitamos tres veces con nuestros amigos. A las nueve de la mañana la vimos en oración extática. Después del almuerzo volvió en sí, pero a los dos minutos estaba de nuevo en éxtasis y arrodillada. Era viernes, y la vimos en la contemplación de la Pasión de las 3:00 p.m. a las 4:00 p.m. También estaba arrodillada. Nunca he visto nada más serio e impresionante; toda la paciencia, la tortura, el abandono y el amor de Jesús moribundo se manifiestan en ella con una autenticidad y una dignidad indecibles.

La ven morir poco a poco: aparecen manchas oscuras en la cara, la nariz se vuelve puntiaguda, los ojos permanecen fijos, el sudor frío recorre la piel, la muerte se debate en el pecho tembloroso, la cabeza se levanta con la boca abierta por el dolor, la garganta y la mandíbula casi alineadas; la lengua se seca y retrocede, el aire se escapa involuntariamente del alma, la parte superior del cuerpo tiembla terriblemente, las manos se caen y luego la cabeza cae, volviéndose irreconocible.

Un sacerdote, al que fray Capistrán, en su ausencia, había cedido su puesto, le ordenó a María que descansara: se detiene cansada, agotada, con el rostro muy tranquilo, compuesta en su lecho, pero al cabo de no más de tres minutos está de nuevo arrodillada, con una conmovedora expresión de gratitud, dando gracias por la muerte del Señor.

Estuvieron presentes unas treinta personas. Una viuda rica, que vive allí en una hermosa villa y es benefactora de María, nos invitó a su jardín. Sentados bajo pérgolas de uvas y naranjos con muchos parientes y nobles, yo tenía mucho que contarle sobre la Emmerick que ella ama tanto. Toda la gente estaba llena de alegría. Más de trescientos ejemplares de sus visiones de la pasión dolorosa de Jesucristo se repartieron por todo Bolzano (Boezen) y sus alrededores. Hice hacer un hermoso retrato de María von Moerl”.[[63]](#footnote-63)

**El Doctor Magnus** Jocham anotó algo realmente significativo en 1869 en su obra *“Memoiren eines Obskuranten”* (recuerdos de un oscurantista): “En el monasterio franciscano de Bolzano (Boezen), conocí a unos frailes amables. Uno de ellos, fray Isidro Wille, me acompañó a Caldaro, a dos o tres horas de distancia. Me interesó mucho ver a la virgen estigmatizada, Maria von Moerl, de la que ya había oído y leído mucho en mi parroquia. Igualmente importante para mí fue conocer personalmente al fray Capistrán, que ha guiado a esta persona con tanta sabiduría y determinación siguiendo los principios de los santos. No es algo habitual ver a una persona más sencilla y sin pretensiones que este fraile espiritual, en el que se reconoce a primera vista a un asceta maduro y curtido en la vida.

Me acompañó a la habitación de María que, en el momento en que entramos, flotaba sobre la cama en una posición arrodillada, en éxtasis. El aspecto de la Marcada por la gracia y todo lo que había en la sala era perfecto para orar. Junté las manos involuntariamente y el fray Capistrán me las golpeó diciendo: “¡Aquí no hay ningún objeto de adoración!” Pero todo es perfecto para la oración – respondí –, y sin querer expresé lo que sentía.

A una señal o palabra del fray Capistrán, que no entendí, María von Moerl volvió a su cama en muy poco tiempo y se recompuso de repente. Luego cogió algunas estampas y eligió algunas para mí para que las llevara a mis familiares y amigos. Ella podía comunicarse con el fraile, pero yo no lograba entenderla. Mientras que en el éxtasis su rostro adoptaba una expresión de dolor como el de la Madre del Señor cuando llevaba en su regazo el cadáver de su Hijo unigénito bajado de la cruz, sus rasgos eran entonces más bien alegres y amables y todo su ser parecía infantil. «La piadosa tolerante está ahora, después de la terrible pasión y las terribles llagas, disfrutando de un agradable fin del día y ya se regocija en parte de su dicha. Está libre y a salvo de las tormentas que aún están por venir sobre nosotros», le dije al fray Capistrán, quien respondió: « ¿Por qué habla de seguridad? Si María se perdiera en pensamientos altaneros, sería una hija de la ira. *Ella mira y ora*, eso vale tanto para ella como para nosotros».

Fue un gran placer para mí ver aquí por primera vez un alma verdaderamente agraciada, purificada por muchas tribulaciones, desposada con Dios y adornada con las llagas del Señor, verdaderamente piadosa, como siempre me había imaginado a los verdaderos santos de los tiempos recientes y de los pasados. Era diferente de esos sonámbulos histéricos que había visto en el pasado, por ejemplo, como la diferencia entre una cabaña hecha de madera ordinaria y una capilla consagrada”.[[64]](#footnote-64)

**Antonio Rosmini**, sacerdote, teólogo y más tarde consejero del Papa Pío IX, dejó los siguientes documentos sobre su visita a María en 1834: “Me agradecerán ciertamente que les informe de un acontecimiento extraordinario y significativo por el que nuestro Señor y Dios quiere manifestar su misericordia a esta ciudad del Tirol, a saber, el caso de la Extática de Caldaro. Yo mismo tuve la oportunidad de presenciar lo que ocurrió el martes pasado, y me impresionó profundamente cómo sucede a miles de personas que acuden de todas partes a esa casa, a esa habitación, a esa cama. Se trata de una joven de 22 años, de familia noble, que, como todo el mundo dice, lleva una vida intachable y que, guiada por Dios a través de la más severa e insólita Pasión, que siempre ha soportado con admirable perseverancia y alegría, y acompañada por Él a través de las diversas etapas de la adoración, alcanza ese extraño estado en el que uno puede verla y que se describe como éxtasis [...].

Sus manos, también de belleza natural, se mantienen constantemente plegadas en oración, y uno podría confundirla con una figura de cera si no la viera seguir de manera inmediata las órdenes de la voz de la obediencia, según la cual cambia de posición, pasando de estar arrodillada a estar acostada. Pero no se queda quieta por mucho tiempo. Impulsada casi por la violencia del amor, se levanta de nuevo de rodillas, todavía con las manos cruzadas y sin apoyar los brazos en la cama. Ver esto es realmente sorprendente porque nadie puede explicar la fuerza con la que se mueve de una posición a otra. Un sentimiento de alegría celestial corre por las venas cuando se ve esa dulce sonrisa en sus labios, que muestra cuando se levanta y se arrodilla de nuevo en adoración silenciosa. Parece que, al levantarse, casi sigue una llamada de amor con aquella sonrisa, como si le dijera a su esposo: estoy lista, ya voy, quiero que me llames, mi amado.[[65]](#footnote-65)

**Johann Sebastian Stöckl**, un juez, dijo en 1839: “Desde 1832 se alimenta escasamente de agua, fruta y pan; la carne le da asco. Rara vez duerme y pasa los días y las noches ininterrumpidamente en oración y piadosa contemplación, sin salir nunca de su habitación y sólo en contadas ocasiones – de su cama. Desde 1833 ya no habla, sólo se comunica con signos acompañados de sonidos hechos con la nariz.

Su guía era el fraile Soyer, de 40 años, de la Orden franciscana, lector y guardián del convento, de corazón devoto y puro. Después de tranquilizarla y tras una petición al Consistorio de Trento, practicó sobre ella un exorcismo y el tentador desaparecía y volvía la tranquilidad. Desde entonces, su estado espiritual se manifiesta en una visión continua e imperturbable de las cosas divinas y, como puede verse, la visión más feliz en la que el hombre puede sumergirse. Ha llegado al final del sexto año (1839) desde cuando ha vivido casi sin comer ni dormir, sólo con breves interrupciones en su oración extática. Ya la llaman “la Santa de Caldaro”.

Llegué como juez a Caldaro el 30 de mayo de 1838 y me dieron ocho días para [...] realizar los estudios preliminares necesarios. Eran las cuatro de la tarde del jueves 7 de junio de 1838 cuando fray Capistrán me presentó a María por primera vez. Entré, desprovisto de fe y prejuicios, pero lleno de expectativas, en una habitación espaciosa y hermosa, pintada de verde. Junto a la puerta había un altar con utensilios de plata y bonitos cuadros. En el centro de la habitación, entre las dos ventanas, sobre un lecho blanco, puro y alto, la virgen estaba arrodillada, hermosa a la vista, su larga cabellera color cuervo le llegaba hasta la mitad de la espalda, sus ojos, grandes y hermosos, miraban el techo de la habitación, sus manos levantadas en oración, su cuerpo esbelto cubierto hasta las plantas por un gran vestido blanco, sin movimiento en ninguna parte de su cuerpo, incluso su respiración era imperceptible, estaba sumergida durante horas [...] en una contemplación sobrenatural, divina. En otro lugar la habría confundido con una estatua de mármol bien elaborada. Así es como aparece en la imagen precisa que adjunto.

Cuando llegó el momento, según nuestra doctrina de la fe, de la Pasión de Cristo en el Monte de los Olivos, un dolor inexpresable, una participación indescriptible se expresó en su rostro. Inclinó la cabeza tres veces hacia el techo de la cama y fue evidente que las imágenes más increíbles aparecían ante su alma. La segunda vez que la visité fue el viernes por la tarde, de 2:00 p.m. a 3:30 p.m. Una persona más elocuente y los pinceles sólo podrían transmitir una pequeña idea de su dolor al contemplar la Pasión y la muerte del alma de Cristo. Los rasgos de su rostro eran los de una persona moribunda, las lágrimas resbalaban por sus mejillas, su ojo se abría, jadeaba como si estuviera a punto de morir.

Para probar su clarividencia y previsión, la visité el día de San Pedro y San Pablo, el viernes 29 de junio de 1839, y fui el único en su habitación. Confieso que en esta situación uno no puede evitar sentir una sensación de frío.

Eran las 2 de la tarde cuando entré y vi que ya estaba en una oración extática. En mi reloj había seguido atentamente la hora en que debía darse la bendición en la iglesia parroquial durante la Misa. Es un hecho que en el mismo momento ella regresó al mundo exterior, inclinó la cabeza, susurró unas palabras con su boca y luego se hundió de nuevo en el éxtasis, inmóvil e inanimada [...]. Estos extraordinarios fenómenos extáticos se repiten en los días de la Pasión de Cristo y en las fiestas del año; por tanto, su estado interior también se repite de la misma manera.

Permítanme pasar de esto al estado natural, que he observado con tanta frecuencia como lo que acontece en el éxtasis. Cuando ha escuchado de su confesor las palabras: “¡Te ordeno, por santa obediencia, que vuelvas en tí!”, ella volvía en sí, dotada de una gracia y una bondad extraordinarias, le gustaba escuchar una simple conversación y era capaz de comunicarse.

Sin embargo, ocurre cada vez, durante una visita de una hora, que vuelve a su estado de éxtasis y tiene que ser llamada de nuevo a sí misma. No sólo es una buena cristiana, sino también una persona obediente. Durante mi primera visita, tuvo la amabilidad de hacerme saber que rezaba mucho y a menudo por un juez que había reconocido y cumplido sus deberes [...]”.[[66]](#footnote-66)

**Ludwig Clarus** (Wilhelm Gustav Werner Volk), escritor y protestante (más tarde convertido al catolicismo), dijo de Maria von Moerl: “La realidad luminosa, percibida con los ojos y los oídos, crea una sensación de plenitud y satisface la sed de conocimiento que es completamente diferente en comparación con todos los estudios de libros e informes verbales. Yo había respirado esa atmósfera de verdad que, según Görres, se percibe en presencia de María von Moerl.

Todo lo que vi disipó toda duda. La violencia de la realidad y de la verdad se apoderó de mí de tal manera que inmediatamente tuve un impulso irrefrenable, como el apóstol Juan, de proclamar lo que había oído, lo que había visto con mis ojos y lo que mis manos habían experimentado”.[[67]](#footnote-67)

Tras su conversión, Clarus escribió una Representación Sagrada (de la Pasión de Jesús) para Oberammergau. ¿Se habrá inspirado en su visita hecha a María von Moerl?

**Un autor desconocido** es citado en el mencionado Calendario de Bonifacio de Berlín el año 1869: “A la una, después de una larga espera, me dirigí a la habitación de María, acompañado por un fraile. No muy lejos del convento (franciscano), en una pequeña colina, está el convento de religiosas donde vive.

Estando consciente de mi infidelidad al Dios que siempre es fiel, la idea de estar en presencia de un alma totalmente piadosa me hizo pronunciar en voz muy baja sólo un Ave María y el Confiteor.[[68]](#footnote-68) La puerta se abrió, una hermana me condujo arriba por un tramo de escaleras donde me encontré con un franciscano alto y delgado, de mirada profunda y amable, que me saludó cordialmente con una sonrisa amistosa.

Fue fray Simón quien se había convertido en el confesor de María tras la muerte de fray Capistrán. Respondió de forma amable y considerada a mis palabras y en particular a mi petición de regalarme dos estampas de la virgen en memoria de mi hermana y para mí. Luego se excusó, entró en la habitación de María y enseguida me dijo que entrara.

Mi primera mirada se dirigió hacia la persona que oraba, y que se quedó mirando a fray Simón durante mucho tiempo. Es una sensación que aplasta. No se podía comparar con ningún otro ser, como dice Görres, sino con los ángeles de Dios cuando se arrodillan ante su trono contemplando su gloria. Por lo tanto, las mentes más simples no pueden oponerse a esta increíble sensación, y las lágrimas de la más alegre sorpresa y exaltación fluyen en abundancia.

En su lecho, sin dejar una huella, con las manos cruzadas sobre el pecho, María quedaba suspendida y por el amor de su oración pudo hacer literalmente lo que el Señor había dicho: “Te atraeré hacia mí”. Su corazón descansaba verdaderamente en el océano de amor divino que ella adoraba en el Santísimo Sacramento en el altar que estaba ante sus ojos. Todo su cuerpo estaba cubierto por una larga túnica blanca. Me pareció estar admirando una estatua de alabastro, profundamente capturada por su vida interior.

En este éxtasis, según las palabras de sus confesores, lleva ya 37 años contemplando la vida y la muerte de Jesucristo, y al mismo tiempo combina la adoración de la Santa Eucaristía con una oración contemplativa bien regulada según el orden del año litúrgico. Su confesor había tomado nota de algunos éxtasis. Según él, están llenos de sentimientos cálidos, piadosos y ricos de alegría. Su rostro y su clarividencia siempre han reverenciado sólo lo sagrado y lo eclesiástico, sin importar las circunstancias.

Sólo hablaba de ello con su confesor, pero a menudo le resultaba difícil encontrar un término adecuado para las cosas que había visto. Las imágenes que había visto, de forma general, se expresaban claramente a través de su postura exterior [...].

Hay numerosos testimonios de sus estados extáticos [...]. En particular, es la Pasión la que más a menudo impregna su alma con sus fases conmovedoras y se revela también en el exterior de esta virgen decorada con los estigmas del Crucificado, especialmente durante la Semana Santa, o incluso cada viernes del año. El dolor aumenta gradualmente, su corazón se eleva en la pasión dolorosa, hasta que queda totalmente invadido por el sufrimiento [...].

Por muy profundo que sea su estado de éxtasis, y lo estaba cuando entré, a la velocidad de una flecha se hundió en su cama, bromeó y se regocijó con la sencillez y naturalidad de una niña durante mi visita, hasta tal punto que ya no se parecía a la persona que había visto antes, lo cual me había asombrado.

El confesor la había sacado del éxtasis con la sola palabra “María”. Nunca he visto la felicidad y la piedad en una armonía tan hermosa y debo decir sobrenatural como aquí en María von Moerl. Con este íntimo sentimiento escribí inmediatamente a una monja de un monasterio: 'Me he despedido de esta santa persona con la firme intención de rezar diariamente a Dios para que me hiciera devoto en mi corazón y así poder ser feliz' [...].

Accedió gustosamente a la petición que le hice (al confesor) de darme dos estampas como recuerdo. Abrió el libro de oraciones, bastante grueso y pesado, que estaba sobre su cama. El libro estaba encuadernado en cuero negro y tallado en oro, y parecía que lo había utilizado durante mucho tiempo. Entonces vislumbré en su mano la herida causada por los clavos de Cristo, que en un sutil color rojo destacaba claramente sobre la palma blanca como la nieve de su mano. Feliz con este precioso recuerdo, pensé: “¡Cuántas más de estas imágenes te gustaría llevarte a casa!” Me miró, buscó seis imagenes más entre las suyas, las puso delante y me las dio, haciendo que todos nos pusiéramos muy contentos.

**Melquior Paul Deschwanden**, pintor suizo de Stans/Nidwalden, visitó a María von Moerl en julio de 1847. Entusiasmado por lo que había encontrado, pintó varios cuadros de los éxtasis de María y dijo: “María von Moerl vive la mayor parte del tiempo en un estado de transfiguración, domina la eternidad, vive y camina cerca de Dios; lo divino se comunica con ella y se expresa en toda su postura, especialmente en sus rasgos faciales, de modo que se corre el riesgo de considerarla un ser superior, con ella se cree estar en un lugar sobrenatural y el tiempo con ella pasa serenamente [...]. Nos hace ir más allá del tiempo y del mundo creado, nos enseña a despreciar nuestro mundo y a buscar uno nuevo, celestial, transfigurado”.

**Visiones**

En la breve biografía (KSL) leemos las siguientes palabras introductorias sobre las visiones de María: “Ahora sería apropiado hablar del objeto de sus contemplaciones interiores. En general, no son otras que las verdades y los secretos de nuestra santa religión: la perfección divina, la vida y la Pasión de Jesús, los mártires y los eminentes confesores en los días de su conmemoración.

La Pasión se renueva cada semana, empezando desde el jueves por la noche con la Última Cena, hasta la resurrección, el domingo por la noche. Ve el cenáculo, al Salvador, a los apóstoles, escucha sus discursos, sigue la exposición del Santísimo Sacramento. Luego contempla el Monte de los Olivos, la angustia de Jesús y su captura, etc. Durante el resto de la semana, puede ver durante unas horas, con más detalle, algunas partes particulares de la Pasión de Jesús que van acompañadas de emociones de compasión, sacrificio, súplica y más”.[[69]](#footnote-69)

En la biografía del fray Gaudenz Guggenbichler, O.F.M., leemos sobre los éxtasis de María von Moerl: “El orden y la secuencia habituales de sus meditaciones eran:

1. En sus contemplaciones ordinarias, María seguía las fiestas eclesiásticas y las perícopas del Evangelio;
2. En sus meditaciones se ocupaba del Sacrificio de la Misa, del Santísimo Sacramento del Altar, de la preparación y la acción de gracias por la Santa Comunión;
3. Contemplación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según el Evangelio, que, durante las semanas correspondientes, duraba de jueves a domingo por la noche (con intervalos para otras contemplaciones).

Las demás meditaciones y contemplaciones eran en gran parte especiales, por ejemplo, la meditación sobre la perfección divina. Había poca oración oral porque la oración de María era principalmente una oración interior y una jaculatoria [...]. En cuanto a las diferentes posiciones corporales de María en la oración y la contemplación extática, observo lo siguiente:

1. La postura corporal habitual era aquella en la que rezaba con las rodillas dobladas, el rostro y los ojos inmóviles dirigidos al cielo, las manos cruzadas frente al pecho, inmóvil sobre la cama;
2. Otra situación fue la del jueves, cuando María representaba en su extática meditación nocturna la agonía del Señor en el Monte de los Olivos. En esta agonía, inclinaba la cabeza tres veces hacia el suelo y mantenía las manos cruzadas frente al pecho;
3. Los viernes, desde la una y media de la tarde hasta después de las tres, contemplaba el sufrimiento de Cristo en la cruz y su muerte. Allí su amor compasivo por Cristo se había hecho tan grande que parecía sufrir y quedarse con él. Pues el visitante veía cómo los ojos de María parecían abultarse y saltar, elevados hacia el cielo, y su alma abatida, con sollozos alternados y (veía como ella) inclinaba repentinamente su cabeza y se hundía en la cama, y parecía estar entregando su último respiro.

En esta pasión y muerte místicas, primero oraba en posición clásica, pero con rostro sufriente; luego mantenía las manos cruzadas, bajadas, y finalmente, en un sentimiento de abandono, extendía las manos hasta que se le ordenaba acostarse en la almohada, manteniendo siempre las manos extendidas;

1. Eran también únicos el estado y la situación de esta virgen extática en el Nacimiento y la aparición del Señor, en los últimos días de la Semana Santa y en otras fiestas. En el éxtasis diario, en el momento en que el sacerdote hacía la consagración en la iglesia parroquial o en la nuestra, ella estaba arrodillada en su cama, como de costumbre, pero con el cuerpo vuelto hacia la iglesia; el rostro y los ojos bajos, en adoración del Sacramento;
2. Cuando el Santísimo Sacramento era llevado durante las procesiones, María, arrodillada en éxtasis y orando, se volvía siempre hacia el lugar o sitio por donde pasaba la procesión con el Santísimo Sacramento;
3. En éxtasis se levantaba, gozosa, en puntas de sus pies sobre su cama, con su rostro angelical y sus ojos casi brillantes levantados hacia el cielo y sus manos abiertas o plegadas frente a su pecho. En los primeros años de su vida extática, durante las procesiones sagradas, a menudo permanecía suspendida [...] en el aire sobre su cama, y no sólo durante media hora”.[[70]](#footnote-70)

Maria von Moerl revivía los acontecimientos de la Pasión de Jesús, así como los acontecimientos gozosos. Y así sus éxtasis de Pasión se alternaban con el éxtasis exultante, el éxtasis del gozo. Del éxtasis exultante pasaba luego a un éxtasis tranquilo de una simple transfiguración. Podemos decir que ha experimentado este estado de contemplación todos los días a partir del verano del 1833. Sí, éste se convirtió en su segunda naturaleza.

***La visión del Monte de los Olivos***

Fray Capistrán, el 19 de septiembre de 1833, describe en su diario una visión de María referente al Monte de los Olivos: “La Última Cena duró de las 6 a las 8 de la tarde, cuando Jesús instituyó el Santísimo Sacramento. Luego, besándole las manos, saludó a su Madre con un profundo dolor interior, con palabras serias de consuelo y muestras de consolación. María [Santísima] estaba inmersa en un profundo duelo e impotencia, pero sin sollozar ni llorar, vio con antelación cada momento de la Pasión de su divino Hijo y lo seguía de cerca. Jesús, abandonado incluso por los tres discípulos llamados por Él, y sobrecogidos por el miedo, la tristeza e imprudencia, se acercaba al Monte de los Olivos, y se sumergía en una profunda tristeza mortal entre el arroyo Cedrón y el Huerto de los Olivos, orando durante una hora, arrodillado hasta las nueve de la noche, sudando de miedo, inclinado casi hacia el suelo. Los tres discípulos estaban a cierta distancia y Jesús sentía que su Pasión se acercaba como nunca antes en su vida. Y luego se dirigía al jardín y caía de nuevo, desamparado, solo, totalmente sin fuerza, con una profunda tristeza, rezando, sudando de miedo, doblado casi hasta el suelo, y permanecía allí un rato, una hora y cuarto.

Luego entraba en el Huerto de los Olivos y se alejaba de los discípulos para vigilar, esperar y orar tres veces. Sin embargo, oraba en silencio, gritando tres veces, cayendo al suelo con sudor mezclado con sangre desde pasadas las 9 hasta pasadas las 10 de la noche, donde el ángel le daba fuerzas durante unos breves momentos. Las horas eran de mayor sufrimiento”.

***Otras visiones en 1833***

Hacia finales de octubre de 1833, María dijo a fray Capistrán: *“Jesús está vivo ante mí (en el sacrificio de la Misa), crucificado, sacrificándose al Padre y orando a Él. Quiere tener misericordia de nosotros, orar, sobre todo por algunos de nosotros, porque para eso dio su sangre y su vida, esos esfuerzos no pueden quedar en vano, ¿verdad? En la Santa Comunión veo a Cristo entregándose a nosotros y entrando en nosotros; en la bendición final, lo veo bendiciendo a través del sacerdote”.*

El 15 de noviembre de 1833, María dijo a su padre espiritual: *“Si es el día de la Comunión, Dios ya me avisa por la noche y me prepara; entonces invito al Señor, a los ángeles y a los inocentes a que recen por mí, porque yo no lo logro. En el espíritu lo veo todo, cuando usted llega, el resplandor penetra primero por la puerta, y por todos lados usted está rodeado de ángeles, santos e inocentes. Le pido que no se vaya y que adore a Dios incluso después".*

El 21 de noviembre de 1833, en Lienz, durante la toma de hábito en la Congregación de las Hermanas Domínicas de su hermana Julietta, Maria von Moerl, desde su cama, presenció este acontecimiento en su espíritu. Fray Capistrán observó a este respecto: “La hermana Johanna y Pedro Sölva estaban presentes. Ese día se levantó tres veces (en la cama) mirando a su hermana durante y después de la toma de hábito, y reconoció a la misma hora, según me contaron después personas que lo habían presenciado, cuando eso ocurrió [...]”.

El 8 de diciembre, María tuvo el honor de poder ver el misterio de la Encarnación: el Arcángel que saludaba a María. Es precisamente en la fiesta de la Virgen María que puede contemplar este misterio de manera especial.

Los días 24 y 25 de diciembre permaneció en éxtasis desde las 10:30 p.m. hasta la medianoche. Primero rezaba arrodillada, luego arrodillada en éxtasis durante más de quince minutos estando en el suelo frente al altar instalado en la mesa donde se representaba el nacimiento en la gruta. Después de su regreso a la cama, permaneció arrodillada y en oración, sosteniendo sus manos durante algún tiempo como si estuviera sosteniendo a un bebé envuelto en pañales.

Entre las 11 de la noche y la medianoche se paró en la cama tres veces. Las dos primeras veces se cayó de bruces y la última vez rezó con la cabeza inclinada. Cuando su padre espiritual le preguntó qué significaba esta triple puesta en pie y caída, ella explicó: *“La primera vez María y José están esperando el nacimiento, la segunda vez tenemos la elevación de los corazones de María y José, y la tercera vez María tiene al Niño en sus brazos”.*

El día de Navidad de 1833, fray Capistrán también señaló lo siguiente: “Durante la celebración del nacimiento de Cristo, en las Misas de la iglesia parroquial, solía levantarse antes y después del mediodía, extendiendo las manos como si tuviese que llevar al niño: desde entonces, mantuvo esta posición constante durante algún tiempo, [...] porque, según me dijo ella misma, ve a la divina Madre llevando al divino Niño, acariciándolo, besándolo, lo que también hace a menudo en su mente, apretando ambos labios y mostrando el beso [...]”.

***Las visiones de 1834***

Durante la fiesta de la conversión de San Pablo, el 25 de enero de 1834, hacia las 9.30 horas, María vio a Saulo caer del caballo y oyó la voz del cielo que le hablaba. En sus gestos, María representaba la caída del futuro Apóstol de los Gentiles.

Después del 2 de febrero, informó sobre la aparición del ángel a San José pidiéndole que huyera con la Sagrada Familia.

El 3 de febrero se puso de nuevo en la cama, se rió, saltó y dijo: *“He visto al niño Jesús saltar de San José a María. José besó al niño en mi nombre, y la Santísima Virgen María besó sus pies con los ojos cerrados y la cabeza baja”.*

Ese mismo día, por la tarde, mientras estaba arrodillada, dijo muy claramente: *“Padre, oh, por favor, perdona mi maldad, he pecado ante ti y ante todo el cielo. ¡Si tuviera el arrepentimiento de San Pablo y de Santa Magdalena! Ayudadme, santos penitentes, a arrepentirme de mis pecados [...]”.*

He aquí un relato de la huida de la Sagrada Familia: *“En la mañana del 4 de febrero partieron, quizá después de las 3 de la tarde. El cuarto, quinto y sexto día marcharon todo el día hasta las 8 de la tarde, soplaba siempre un viento violento, hacía mucho frío y tenían que pasar la noche en lugares donde se refugiaban los pobres. Dios siempre les había llevado a los peores lugares. El burro servía para calentar al Niño y a la Madre de Dios, por lo que siempre dormía cerca de ellos. El 7 de febrero llegaron a Egipto y fueron recibidos por una viuda pobre que tenía dos hijas".*

El 5 de febrero de 1834, Maria von Moerl recibió los estigmas. Los días 8, 9 y 11 de febrero, cuando se exponía el Santísimo Sacramento en la iglesia parroquial, ella permanecía de pie o arrodillada en la cama, con el rostro siempre vuelto hacia la parroquia.

***Más éxtasis y visiones***

Fray Capistrán registró lo siguiente durante otras fiestas eclesiásticas: “La tarde de Epifanía y desde entonces en adelante rezaba postrada en el suelo como suelen los orientales; la tarde del mismo día y los tres días siguientes, excepto en Epifanía y en el bautismo de Jesús por Juan, contemplaba con gran alegría y felicidad las bodas de Caná de Galilea y anunciaba repetidamente con voz clara: “¡Viva!”, etc. Se sentaba en el suelo como suelen los orientales, con la cabeza inclinada sobre la mano y las piernas cruzadas; su rostro enrojecido. Cuando comenzaba la conversación entre Jesús y María y el dispensador [del vino], volvía a sentarse, juntaba las manos a la espalda; parecía dar órdenes con cara seria, sí, con una mano hacía el movimiento como para ordenar, típico de los señores.

El día de San Juan Evangelista (1834), durante la Misa en la parroquia y en la fiesta de Santos Inocentes (1835), se extendía repetidamente en el suelo, como Cristo en la cruz, durante unas dos horas. Su rostro estaba triste y todo su cuerpo temblaba. Y cuando volvió a entrar en sí misma, en esta posición aparecían los estigmas, más grandes, incluso en la parte exterior de las manos,[[71]](#footnote-71) especialmente durante las Cuarenta Horas en la parroquia. Los estigmas se habían abierto por completo en la fiesta de las Cinco Llagas de Jesús, el 6 de marzo.

El 19 de marzo, fiesta de San José, durante la Misa en la iglesia parroquial de Caldaro, fue testigo de la muerte de San José, pero también de su glorificación. María y Jesús estaban al lado de José moribundo.

El 26 de marzo, un jueves, después de la oración de los sufrimientos mortales y también por la noche, salía mucha sangre de la nariz de María, y esto también ocurrió el jueves siguiente, en la víspera del día de los siete dolores de María.

El 10 de abril, viernes, en la fiesta de los Siete Dolores de María, hacia las 7 de la tarde, vio, unas veces estando de rodillas, otras de pie, en la cama y en el suelo, a la Santísima Virgen María bajo la Cruz. Sus manos estaban abiertas, entrelazadas, como si tuviera a Cristo en sus brazos, y su rostro estaba marcado por un dolor lleno de amor”.

***Visiones en los días del Triduo Pascual y la Pascua***

“Exclusivamente desde las 4 de la tarde hasta las 9 de la noche, durante la Cena del Señor, el Viernes Santo, el Sábado Santo y la Resurrección, rezaba muy a menudo durante una hora o más, arrodillándose en el suelo y estirada, y a medianoche, para la Resurrección del Señor, también rezaba saltando. No pudo dormir ni durante la Última Cena ni en los dos días siguientes, ni de día ni de noche, debido a que el Santísimo Sacramento estaba expuesto en diferentes lugares, incluso en Roma (probablemente se refiere a la oración de las Cuarenta Horas en el Santo Sepulcro).

Entre otras cosas dijo hoy (Jueves Santo): ‘Era difícil escuchar a los fariseos discutiendo y consultando con el traidor Judas sobre la captura de Jesús ayer y hoy’. El éxtasis de hoy ha durado desde las 6:00 de la tarde hasta las 2:30 de la madrugada, he estado solo en el dormitorio, a veces dormido, a veces despierto. Ella misma, con un rostro muy triste y un suspiro interior, estaba a veces tumbada en la cama, otras veces de rodillas. Allí o en el suelo estaba rezando y si no me equivoco dijo: 'A eso de la medianoche llegarán a la ciudad con Jesús atado y a las 2:30 a.m. estará en la cárcel’.

El Viernes Santo, desde las 9:45 de la mañana hasta la 1:15 de la tarde, rezaba arrodillada en el suelo; luego se acostaba y volvía al suelo de nuevo, y después del toque, a las 2:00 de la tarde, permanecía en la cama y en contemplación hasta las 3:30 de la tarde [...].

La expresión de la muerte (de María von Moerl) hoy era la más dolorosa, rezó durante mucho tiempo poco después de las tres de la tarde, luego se cruzó de brazos y volvió a rezar con las manos levantadas y los ojos abiertos llenos de pasión [...].

El resto del día rezó como de costumbre, y por la noche dijo: *‘Ahora debo rezar el Santo Sepulcro’*.

El Sábado Santo ocurrió algo extraordinario: durante la celebración de la resurrección del Señor en la iglesia parroquial rezó durante más de una hora en el suelo, tumbada, y después de subir a su cama, empezó a dar saltos de alegría y de gozo [...]. Poco después del mediodía, se quedó en el suelo, dando saltos, y poco después dijo que Cristo ya había resucitado. Alrededor de las 2 de la mañana dijo que las santas mujeres ya estaban en camino para visitar la tumba. Celebraba el Triduo Pascual rezando mucho y a menudo se levantaba durante la Misa y rezaba de rodillas en el suelo”.

***La Ascensión y otras visiones***

El 28 de mayo de 1835, justo después del mediodía, se le concedió el honor de contemplar, con gran alegría y tristeza, la subida de Cristo al cielo. Representó claramente a los apóstoles que miraban al cielo, arrodillada en el suelo, con los ojos fijos y llorando, con las manos juntadas y levantadas, como si estuviera pintada. Luego se subió a la cama, mirando a su alrededor, como si pudiera ver a Cristo hasta que éste desapareció de la vista.

El 7 de junio, a las 9 de la mañana, tuvo una aparición de la Santísima Trinidad bajo la imagen de tres hombres de fuego, cuya visión y luz deslumbrante la impactó y la hizo caer en mis manos e inmediatamente tuvo que cerrar los ojos por el exceso de luz. Le pregunté por la Trinidad y me contestó: *“¡Intente usted a mirar a los hombres en el fuego y decir qué forma tienen!”.*

El 28 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, sus oraciones se dirigían constantemente y con reverencia al Sagrado Corazón. Reconoció el amor ilimitado de Dios por nosotros y nuestra ingratitud hacia él”.

En la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1835, fray Capistrán anotó: “El 8 de diciembre tuvo una visión de la Inmaculada Concepción y de su gloria en el cielo. Primero (el evento) se le mostró bajo la imagen de una estrella brillante con una llama ardiente en el centro. Esta estrella estaba rodeada de rosas y lirios rojos y blancos. También se iluminó todo el camino desde el cielo hasta el vientre de Santa Ana, sobre el que descendió la estrella, con flores, y al mismo tiempo con un gran número de ángeles. Esta visión clara se produjo desde las dos y media hasta las tres y media de la tarde, cuando rezó, arrodillada, en el suelo.

La otra visión ocurrió alrededor de las 6:30 de la tarde. Vio a la Santísima Virgen María en el cielo como una gran señora blanca e inmaculada con un vestido de luz y joyas tan rojas como la aurora. Por todos lados estaba rodeada de estrellas brillantes y bajo sus pies había una serpiente con una manzana en la boca cuya cabeza estaba aplastada y la Virgen fue elevada por una nube esplenderosa. La Santísima Trinidad estaba muy cerca, el Hijo a la derecha, sosteniendo la tierra, el Padre Eterno a la izquierda, y el Espíritu Santo rodeaba a estos Dos en forma de paloma. Todos ellos, junto con la Santísima Virgen María, la Inmaculada, brillaban como el sol, tanto que el resto de los santos que asistieron quedaron casi en la sombra. Desde ese día hasta la Vigilia de Navidad, sufrió mucho físicamente”.

***Éxtasis durante el entierro de Johanna***

La hermana de María, Johanna, que murió el 13 de marzo de 1836, fue enterrada en Caldaro el 15 de marzo de 1836. Leemos en las notas de fray Capistrán sobre esto:

“A las 3:00 de la tarde fue enterrada su hermana Johanna; llevándola fuera de la casa los sacerdotes cantaron el De profundis[[72]](#footnote-72) y más, mientras (María) lloraba [...], hasta el punto de que incluso los fieles que acompañaban el féretro podían oírla. Pero en cuanto se llevaron a la difunta de la casa, María se calló de repente y cayó en un profundo éxtasis. Cuando el cadáver fue bajado a la tumba, (María) se levantó en la cama, sumida en su éxtasis. Después del funeral de su hermana, volvió en sí, se consoló y no lloró más. Así, Dios, grande en su bondad, había aliviado su dolor, que ahora podía soportar tranquilamente en su alma, aunque su naturaleza había sufrido mucho. Entonces me confesó que en el éxtasis había visto a su hermana, que, habiendo muerto en el Señor y estando plenamente purificada, podría entrar en el mundo de Dios a partir del 12 de abril siguiente”.

**Anexo**

**Oraciones de María von Moerl**

Dios mío, haz que mi corazón se dirija siempre, en el gozo y en el sufrimiento, a la Santa Cruz, para que pueda descansar a la sombra del árbol de tu Redención.

Dios mío, conserva siempre en mi corazón un lugar donde el mundo no pueda penetrar y yo pueda entretenerme sólo contigo.

\*\*\*

Hasta la muerte en la cruz, oh Jesús mío, has hecho la voluntad del Padre, pudiendo así decir: “Todo está cumplido”.

Te pido que me concedas la gracia de poder hacer tu voluntad y unir siempre mi voluntad a la tuya.

\*\*\*

Oh, Señor, que no busque ninguna alegría, ni consuelo, sino sólo en Ti.

Dame la gracia de vivir siempre y en todas partes en tu presencia y de tenerte constantemente en mi corazón.

Sólo te amo a Ti, y quiero amarte siempre más y más. Dame una fuerza de un tal amor que me haga a tu imagen.

\*\*\*

¡Padre Celestial! Toma este santo sacrificio de tu amado Hijo de manos del sacerdote para la adoración de tu suprema majestad, en acción de gracias por todas las gracias y bendiciones recibidas, especialmente por la Encarnación, la Pasión y la muerte; por los sacramentos, especialmente el del Altar, por todos los dones interiores y exteriores, por la Santa Iglesia y sus representantes, y consérvala en paz y tranquilidad. ¡Padre, dale a la Iglesia buenos sacerdotes! Padre, te pido con todos los ángeles y los justos por fray Capistrán y por Nicolás,[[73]](#footnote-73) por mis padres, hermanos y parientes, por todos los benefactores, especialmente los que me ayudan en esta situación, por todos los enemigos, por todos los justos, los inocentes y los educadores. Amén.

**La relevancia de su mensaje**

La afirmación del experto en mística Joseph von Görres de que María von Moerl fue colocada en su época, perdida y vacía, como un *crucifijo viviente* no ha perdido nada de su relevancia. “Esta afirmación es igualmente cierta en nuestra época, que a menudo está marcada por una indiferencia y una desorientación religiosa espantosas”.[[74]](#footnote-74) En esta época en la que se está difundiendo el esoterismo, María von Moerl es un signo tangible de la existencia de Dios.

La Sierva de Dios fue totalmente introducida en el mistero de la Encarnación y Pasión de Cristo por el poder transformador de la Eucaristía. Para ella, el pesebre, la cruz y la Eucaristía eran las piedras angulares del Dios hecho hombre, especialmente en la espiritualidad franciscana.

Su amistad con la Madre de Dios, los ángeles, los santos y las almas de los fieles difuntos es una expresión de su constante apego al mundo del más allá. Dios obró en ella, y su impresionante testimonio sigue vivo dos cientos años después de su nacimiento.

Uno de los censores teológicos en el proceso de preparación de la beatificación resumió lo siguiente: “La mística de María von Moerl, figura entre las grandes místicas de la Pasión, como Katharina Emmerick, Marthe Robin, Chiara Luce Badano”. Lo que dice el apóstol y místico Pablo se realizó de manera especial en ella: *“He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”* (Gál 2, 20).

María von Moerl nos anima, especialmente en nuestros tiempos a menudo tan confusos, a confiar firmemente en la presencia de Dios y a pedir siempre ayuda y protección a la Santísima Trinidad. Es como un ejemplo a seguir para alcanzar la última y más alta meta de nuestra vida terrenal y es una intercesora ante Dios, a la que podemos acudir con confianza.

Fray Gaudentius Guggenbichler señala lo siguiente en la introducción a la biografía de María von Moerl: “Maria sentía un grandísimo amor por Dios, por Jesucristo y por la Santísima Virgen María; una profunda devoción por todos los ángeles y santos y una conmovedora compasión por las pobres almas del purgatorio. Estaba llena de devoción a Jesús Sacramentado, especialmente en el sacrificio de la Santa Misa; rezaba casi incesantemente por las necesidades de la Iglesia, por el Imperio, por nuestra Patria más cercana, por las alcaldías. Rezaba incesantemente por la conversión de los no creyentes, los herejes y los pecadores y por todos los que solicitaban sus oraciones. Amaba a su prójimo, ayudaba con lo que tenía, donde podía, pedía consejo a Dios para las personas que dudaban, algún consuelo para las personas que sufrían, y también aceptaba otros sufrimientos. Aquí pueden ver todo esto por vosotros mismos y es vuestro deber practicarlo según sus circunstancias si queréis entrar en la vida en la que ella ya entró, como podemos esperarlo confiadamente, ya que Dios mismo ya la ha glorificado dadas las muchas oraciones respondidas a través de su intercesión incluso después de su muerte”.

**Cuadro cronológico**

* 16 de octubre de 1812: nacimiento en Caldaro, Tirol del Sur, en la noche del 15 al 16 de octubre, como segunda hija de Josef María Ignaz von Moerl y Maria Katharina Sölva;
* 17 de octubre de 1812: bautismo en la iglesia parroquial Santa María de la Asunción con el nombre de María Asunción Catalina Bárbara;
* 1822: primera comunión, cinco años de escuela con las Hermanas Terciarias;
* 1826-27: estancia en Cles en Val di Non;
* 6 de febrero de 1827: muerte de la madre, María, la hija mayor se hace cargo de las tareas familiares;
* 1829: fray Johannes Capistrán Soyer O.F.M. se convierte en su guía espiritual;
* 29 de noviembre de 1830: aceptación en la Tercera Orden Franciscana, voto privado de virginidad;
* 2 de febrero de 1832: el supuesto inicio de los éxtasis;
* 3 de mayo de 1832: debido a una enfermedad, María ya no puede salir de casa de sus padres y queda postrada en la cama hasta el final de su vida. En este año también pierde la voz, que volverá poco antes de su muerte.
* Julio de 1933: las posesiones diabólicas enfrentadas con un exorcismo por su padre espiritual.
* Verano/otoño de 1833: las autoridades eclesiásticas y laicas bloquean la afluencia de visitantes;
* Febrero de 1834: aparición de llagas en la parte interna;
* A partir de diciembre de 1834: aparición de llagas en la parte exterior de las manos y de los pies;
* 5 de agosto de 1834: primera Misa celebrada por el hermano de María, Jacinto von Moerl, en el convento de Caldaro;
* 13 de marzo de 1836: muerte de su hermana Johanna;
* Primavera de 1840: muerte de su hermana Clotilde;
* 3 de noviembre de 1840: muerte del padre Josef Ignaz von Moerl;
* Otoño de 1841: María es trasladada a la habitación contigua al convento de las Hermanas Terciarias;
* 5 de mayo de 1865: fallecimiento del fray Johann Capistrán Soyer O.F.M.;
* 8 de septiembre - 15 de octubre de 1867: últimas posesiones diabólicas, purificación;
* 11 de enero de 1868: María muere a las 2.30 de la madrugada;
* 12 de enero de 1868: exposición del cuerpo de la difunta en la Iglesia de las Terciarias para su veneración. Colocada en un ataúd de zinc (como una santa) y posteriormente en un ataúd de madera;
* 13 de enero de 1868: entierro en el cementerio de Caldaro que fue donado por ella. Poco después de su muerte, varias peticiones dirigidas a Dios por su intercesión fueron escuchadas;
* 1870: fray Gaudenz Guggenbichler O.F.M. escribe una biografía de María von Moerl en nombre de la Orden;
* 1968: descubrimiento de su tumba. Hallazgo de pocos restos mortales;
* 1 de julio de 2016: Apertura del proceso de beatificación de la Sierva de Dios María von Moerl en la capilla de San Juan del monasterio franciscano de Bolzano (Boezen) por el obispo diocesano Ivo Muser.

**Imágenes**

1. La iglesia parroquial de Caldaro
2. Beato Juan Nepomuceno de Tschiderer
3. La casa natal de Caldaro con las escaleras que llevan a la entrada
4. Fray Juan Capistrán Sojer, O.F.M.
5. El convento franciscano de Caldaro
6. Obispo-príncipe Luschin
7. María von Moerl en éxtasis, pintura de Wasmann
8. El Convento de las Hermanas Terciarias en Caldaro
9. La carta manuscrita de María von Moerl
10. El grabado contemporáneo de Caldaro con el monasterio y la iglesia parroquial
11. Iglesia terciaria con parte anexa
12. La celda de María von Moerl con vista al altar
13. María von Moerl en un éxtasis de júbilo
14. Sofía von Angelini
15. El crucifijo encontrado en la tumba de María
16. El crucifijo
17. María von Moerl en su lecho de muerte. Es la única foto que se ha tomado de ella.
18. La tumba de María von Moerl. “Aquí descansa la Sierva de Dios María von Moerl, nacida en Caldaro, el 15 de octubre de 1812. Desde los 24 años llevaba los estigmas del Señor, que sangraban los días de jueves y viernes. Murió en olor de santidad el 11 de enero de 1868.
19. Niño Jesús de cera de María von Moerl, regalo de Klara Fey.
20. San Francisco de Asís. Pintura perteneciente al convento franciscano de Caldaro (siglo XVII).
21. María von Moerl en éxtasis, dibujo de Paul Deschwanden
22. José von Görres
23. Beato Adolfo Kolping
24. Clemens Brentano
25. María von Moerl en un éxtasis de pasión.
26. Beata Ana Catalina Emmerick.
27. María von Moerl flotando en éxtasis en su habitación de la casa familiar.
28. El altar de la iglesia terciaria. A la derecha, la ventana desde la que Maria von Moerl podía ver el altar.
29. Una de las estampas que María von Moerl regalaba a los visitantes.
1. Alrededor de 1700, María Huber comenzó a dar clases a niñas de Bressanone (Brixen) que, de otro modo, no habrían tenido oportunidades educativas. Vivió en una comunidad de clausura bajo la Regla de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, de ahí el nombre de Hermanas Terciarias. [↑](#footnote-ref-1)
2. El príncipe-obispo Tschiderer (1777-1860) fue una persona muy apreciada. Fue una figura ejemplar de la atención espiritual, fundó internados y una escuela para sordomudos (él mismo se había curado de su mutismo en la infancia). En 1995 fue beatificado en presencia de muchas personas. [↑](#footnote-ref-2)
3. *KSL* (abreviatura alemana de “Breve biografía de María von Moerl de Caldaro”). Su autor es desconocido, sin embargo, parece ser un franciscano. Según algunos se trataría de fray Johann Capistrán Soyer, O.F.M. Sin embargo, como el autor de KSL habla de él, esta hipótesis no parece tener un fundamento válido. Esta breve biografía data de 1837 y existen varios ejemplares de ella. [↑](#footnote-ref-3)
4. MARIA VON BUOL, *María von Moerl*. *Ein Lebensbild*. Nueva edición del libro de 1928, *Ein Herrgottskind*, Brixen 1997, 25. [↑](#footnote-ref-4)
5. BUOL, *Op. cit.*, 29. [↑](#footnote-ref-5)
6. BUOL, *Op. cit.*, 36. [↑](#footnote-ref-6)
7. Los miembros de esta familia son conocidos desde el siglo XVIII como comerciantes de vino, alcaldes y defensores del pueblo de Caldaro durante el periodo napoleónico. La familia Schasser adquirió la residencia Windegg alrededor de 1817 y sobre esta residencia se dice: "Entre los pisos burgueses, muchos se distinguen por su buen estilo y belleza, ante todo la residencia Windegg [...], perteneciente a la hospitalaria viuda del Señor Johann von Schasser". *Das Land Tirol*, vol. 2, Innsbruck 1838. [↑](#footnote-ref-7)
8. La familia franciscana se divide en tres grupos: la Primera Orden está formada por tres ramas, a saber, la Orden de los Frailes Menores (O.F.M.), o simplemente Menores; la Orden de los Frailes Conventuales y la Orden de los Frailes Menores Capuchinos (O.F.M.Cap.). Las Clarisas (O.S.C.) pertenecen a la Segunda Orden. Los miembros de la Tercera Orden, también llamados "terciarios", pueden pertenecer a uno de dos grupos: el primer grupo es el de los laicos, hombres y mujeres, casados o solteros, que viven según la espiritualidad de San Francisco de Asís. Hoy en día, esta comunidad se llama *comunidad franciscana* y fue a ésta que se adhirió María von Moerl; el segundo grupo es el de las mujeres y los hombres que viven en congregaciones o institutos y que han hecho votos. Este grupo se llama también "Tercera Orden Regular". A él pertenecían las Hermanas Terciarias de María Huber (véase la nota 1). [↑](#footnote-ref-8)
9. Fue precisamente después del Concilio Vaticano II cuando se "restableció" esta orden de vírgenes consagradas a Dios, que ya se practicaba en la Iglesia primitiva. Desde tiempos inmemoriales, ha habido personas que se han unido a Dios mediante un voto privado de virginidad y María von Moerl fue una de ellas, no era una monja, sino una persona consagrada a Dios. [↑](#footnote-ref-9)
10. En la Tercera Orden, sigue siendo habitual tener un nombre religioso. [↑](#footnote-ref-10)
11. BUOL, *Op. cit.*, 65. [↑](#footnote-ref-11)
12. Este santo ermitaño es especialmente venerado en el Tirol. Su tumba se encuentra en Nonsberg y es visitada por muchos peregrinos. [↑](#footnote-ref-12)
13. En latín, *miserere*, significa *tener piedad* (¡Dios, ten piedad!), del Salmo 51(50). [↑](#footnote-ref-13)
14. *KSL*, X. [↑](#footnote-ref-14)
15. En aquella época, no se hacía Comunión de manera frecuente. Sólo se daba la Comunión una vez al mes. Esta concesión hecha a María es digna de atención. [↑](#footnote-ref-15)
16. BUOL, *Op. cit.*, cf. 75. [↑](#footnote-ref-16)
17. BUOL, *Op. cit.*, 86. [↑](#footnote-ref-17)
18. El príncipe-obispo Luschin (1781-1854) fue arzobispo de Trento de 1824 a 1834, y luego arzobispo de Lviv (actualmente en la *Ucrania*). [↑](#footnote-ref-18)
19. BUOL, *Op. cit.*, 97. [↑](#footnote-ref-19)
20. BUOL, *Op. cit*. [↑](#footnote-ref-20)
21. Un terciario podía vivir en la comunidad de los frailes de la 1ª Orden. En su mayoría vestían túnicas franciscanas sin capucha, como Sebastián Gasser de Fiè allo Sciliar. [↑](#footnote-ref-21)
22. “Manitas”. Una persona capaz de ejercer varios oficios, del latín literalmente “uno que lo hace todo”. [↑](#footnote-ref-22)
23. GRANDI, *María von Moerl*, 69, Parvis, Hauteville, 77. [↑](#footnote-ref-23)
24. La dalmática es una túnica con mangas anchas que llevan los diáconos. [↑](#footnote-ref-24)
25. El pluvial se utilizaba en las celebraciones solemnes o vísperas. El velo humeral es una vestimenta equivalente que se llevaba sobre el pluvial cuando se impartía la bendición eucarística. [↑](#footnote-ref-25)
26. Patrona del monasterio de Caldaro ya que Claudia di Medici fue la fundadora del monasterio franciscano. Murió en 1648 en Innsbruck. Fue archiduquesa de Austria y condesa del Tirol. [↑](#footnote-ref-26)
27. Por modestia, María renunciaba a menudo a la partícula alemana "von" en sus cartas que indicaba la pertenencia a la nobleza. [↑](#footnote-ref-27)
28. GRANDI, *Op. cit.*, 74s. [↑](#footnote-ref-28)
29. BUOL, *Op. cit.*, 199s. [↑](#footnote-ref-29)
30. *Acta del juez J. Sebastián* STÖCKL, p. 29, 1839. [↑](#footnote-ref-30)
31. *KSL*, XXIV. [↑](#footnote-ref-31)
32. Congregación armenio-católica perteneciente al grupo de las órdenes benedictinas y fundada en 1712 por el armenio Mechitar de Sebasteia (1676-1749). [↑](#footnote-ref-32)
33. BUOL, *Op. cit.*, 226-229. [↑](#footnote-ref-33)
34. Dominga LAZZERI (1815-1848) fue también una mística estigmatizada que se alimentaba por mucho tiempo sólo con la Eucaristía. Su proceso de beatificación comenzó hace varios años y a nivel diocesano ya ha sido concluido. [↑](#footnote-ref-34)
35. También era una mística estigmatizada. [↑](#footnote-ref-35)
36. BUOL, *Op. cit.*, 277. [↑](#footnote-ref-36)
37. BUOL, *Op. cit.*, 285. Fr. Simón Prantauer, nacido en 1832 en Obsteig, ingresó en la Orden Franciscana en 1851. Falleció en 1884 en Caldaro. [↑](#footnote-ref-37)
38. J.M. HÖCHT, *Träger der Wundmale Christi*. Christiana-Verlag, Stein am Rhein, 2000, 350. [↑](#footnote-ref-38)
39. BUOL, *Op. cit.*, 299. [↑](#footnote-ref-39)
40. Nació en Innsbruck en 1838 y se convirtió en fundadora y madre superiora del monasterio de adoración de Innsbruck, donde murió como Madre Pía del Divino Amor en 1897. Se han conservado doce cartas de María von Moerl a Sofía. [↑](#footnote-ref-40)
41. GRANDI, *Op. cit.*, 91. [↑](#footnote-ref-41)
42. BUOL, *Op. cit.*, 303. [↑](#footnote-ref-42)
43. *Archivo de los franciscanos*, Hall in Tirol, nº 54. [↑](#footnote-ref-43)
44. CELANO, *Vida de San Francisco*, 1. 84. [↑](#footnote-ref-44)
45. STÖCKL, *Op. cit*., 20. [↑](#footnote-ref-45)
46. GRANDI, *Op. cit.*, 37. [↑](#footnote-ref-46)
47. Clara Fey (1815-1894) fundó la Congregación de las Hermanas del Niño Jesús. En 1859 la Madre Clara visitó a María von Moerl en Caldaro. En 1863, junto con el obispo Theodor Laurent von Chersonnes, fue testigo del éxtasis de la pasión del viernes. El proceso de beatificación de Clara Fey está ahora (2017) en la fase final. [↑](#footnote-ref-47)
48. *KSL*, XVII. [↑](#footnote-ref-48)
49. *Calendario de Bonifacio*, Berlín de 1869. [↑](#footnote-ref-49)
50. *KSL*, XVII. [↑](#footnote-ref-50)
51. *Franziskusquellen. Betrachtungen über die Wundmale*, 3, 37-39. Kevelar 2009. [↑](#footnote-ref-51)
52. Por "raptus" se entiende un impulso repentino que lleva a actuar fuera de los sentidos. [↑](#footnote-ref-52)
53. STÖCKL, *Op. cit*. [↑](#footnote-ref-53)
54. *Calendario de San Bonifacio de Berlín* de 1869, Año VII, ed. Müller. [↑](#footnote-ref-54)
55. Fray GUGGENBICHLER, nacido en 1829 en el Tirol, permaneció en Caldaro de 1853 a 1854 y de 1859 a 1881. Escribió numerosos libros de devoción y se ocupó del misticismo. Tras la muerte de María von Moerl, el provincial le encargó que escribiera una biografía de ella y que recopilara los documentos pertinentes a su vida. Fue postulador temporal en la causa de la monja franciscana Crecencia Höss, beatificada en 1900 y canonizada en 2001. [↑](#footnote-ref-55)
56. PRISCHING, *Unter der Geißel Gottes*, Editorial Weger, Bressanone 2007, 230. [↑](#footnote-ref-56)
57. GRANDI, *Op. cit.*, 81. [↑](#footnote-ref-57)
58. GRANDI, *Op. cit.*, 83. [↑](#footnote-ref-58)
59. GÖRRES, *Op. cit*. [↑](#footnote-ref-59)
60. Hans-Joachim KRACHT, *Adolph-Kolping-Schriften*, Colonia 1982, vol. I, 142. [↑](#footnote-ref-60)
61. Emmerick, una mística estigmatizada en la cama, también experimentó la pasión del Señor en las contemplaciones y en su propio cuerpo. [↑](#footnote-ref-61)
62. María von Moerl no vivía completamente sin comer, sino que sólo se alimentaba de fruta, frutos secos y muy poco pan. Casi no comía alimentos cocinados y durante algunos períodos prácticamente evitaba comer y beber por completo. [↑](#footnote-ref-62)
63. Clemens BRENTANO, *Gesammelte Schriften*, IX, Frankfurt 1855. [↑](#footnote-ref-63)
64. Johann Jakob HANSEN, *Lebensbilder hervorragender Katholiken des neunzehnten Jahrhunderts*, Paderborn, Bonifacius, 1906. [↑](#footnote-ref-64)
65. ROGGERO Giancarlo, *Antonio Rosmini, Liebesfeuer ans Wahrheitslicht, Biographie und Einführung in sein Werk*, Schaffhausen, 2000. [↑](#footnote-ref-65)
66. Del acta del juez Johann Sebastian STÖCKL, 31 de enero de 1839, pp. 17-21 y p. 24. [↑](#footnote-ref-66)
67. VOLK Wilhelm, *Die Tyroler ekstatischen Jungfrauen*, vol. I, Ratisbona 1843. [↑](#footnote-ref-67)
68. El *Confiteor*, 'Yo confieso', es el inicio de la oración penitencial de la celebración eucarística. [↑](#footnote-ref-68)
69. *KSL*, cap. XXV. [↑](#footnote-ref-69)
70. Nicole PRIESCHING, *Op. cit.*, 208s. [↑](#footnote-ref-70)
71. Los estigmas aparecieron por primera vez en las palmas de las manos a principios de febrero de 1834. A partir del 27 de diciembre de 1834, en la fiesta de San Juan Evangelista, aparecen también en el exterior de las manos. [↑](#footnote-ref-71)
72. Comienzo de la oración por los muertos: "Desde las profundidades a ti clamo, Señor..." [↑](#footnote-ref-72)
73. Parece que se hace referencia al cooperador Nikolaus Prosliner. [↑](#footnote-ref-73)
74. EGGER Peter, *Novene zu Maria von Moerl*, Brixen 22012. [↑](#footnote-ref-74)